EL FANTASMA DE MI ABUELO

SALVADOR RANGEL ABUD

EL FANTASMA DE MI ABUELO

Sinopsis

En Escocia, donde el amor romántico tiene tanto futuro como un copo de nieve en el infierno...

Lady Indra McKenzie de Midlothian posee todo lo que una dama podría desear: belleza, inteligencia y una fortuna que convierte en mendigos a la mitad de los lores del país. Lo que le falta es aquello que ningún testamento puede legar: la capacidad de confiar en las intenciones de los cazafortunas que la rodean como buitres alrededor de una carroña aristocrática.

Cuando organiza un gran baile para enfrentar de una vez por todas a la jauría de pretendientes que persiguen su mano (y su bolsa), la velada toma un giro inesperado: su difunto abuelo, Lothar el Grande, aparece como fantasma con opiniones muy definidas sobre los méritos relativos de cada candidato y consejos tan cínicos como prácticos sobre el arte del matrimonio.

Entre casamenteras profesionales con libretas de espionaje matrimonial, pretendientes cuyas deudas superan sus encantos, y un consejero espectral que trata el amor como transacción comercial, Lady Indra deberá navegar las aguas traicioneras de la sociedad escocesa para descubrir si existe algún punto medio entre la pasión ciega y el cálculo despiadado.

Una comedia de costumbres al estilo de Jane Austen con elementos góticos, donde los muertos demuestran tener más sentido común que los vivos, y donde el matrimonio se revela como lo que siempre ha sido: una negociación entre corazones, fortunas y fantasmas entrometidos.

Sobre el autor

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública y maestro en administración de hospitales, además de escritor aficionado. Con una obra que abarca múltiples géneros —desde sátira política hasta ficción histórica—, Rangel Abud demuestra en esta novela su dominio de la comedia de costumbres y su habilidad para combinar el humor cervantino con la ironía austeniana, creando una sátira social que es simultáneamente entretenida y mordaz.

Su prosa, heredera de la gran tradición de la novela de costumbres europea, captura con precisión quirúrgica las vanidades, hipocresías y cálculos que subyacen bajo el barniz de la cortesía aristocrática.

Detalles de publicación

Título: El fantasma de mi abuelo
Autor: Salvador Rangel Abud
Género: Comedia de costumbres / Sátira social con elementos góticos
Período: Escocia georgiana (siglo XVIII)

Extensión: Novela completa (10 capítulos + prólogo + epílogo)
Idioma: Español
Año de publicación: 2025
Formato: Digital

Nota del autor

Esta novela es un homenaje a la tradición de la comedia de costumbres que va desde Jane Austen hasta P.G. Wodehouse, pasando por las sátiras sociales de Thackeray y las ironías de Oscar Wilde. La decisión de ambientarla en la Escocia georgiana responde al deseo de explorar una sociedad donde el matrimonio era, abierta y honestamente, una transacción económica disfrazada de romance.

El fantasma de Lothar el Grande no es un recurso gótico convencional, sino un dispositivo narrativo que permite expresar con total franqueza las verdades incómodas que los vivos deben ocultar bajo capas de cortesía social. Su cinismo descarado es el contrapunto perfecto a las ilusiones románticas de su nieta, creando una tensión cómica que impulsa la narrativa.

La novela explora, con humor pero sin frivolidad, preguntas que siguen siendo relevantes: ¿Puede el amor coexistir con el cálculo práctico? ¿Es posible el matrimonio feliz cuando las fortunas desiguales alteran el equilibrio de poder? ¿Hasta qué punto nuestras decisiones más íntimas están determinadas por consideraciones económicas que preferimos no reconocer?

Si encuentra ecos de Orgullo y Prejuicio, no es coincidencia. Si detecta la influencia de Wodehouse en el humor, está en lo correcto. Si reconoce el tono cervantino en ciertos pasajes, ha leído bien. Esta novela dialoga conscientemente con una tradición literaria que celebra y a la que aspira honrar.

Licencia y derechos de autor

Copyright © 2025 Salvador Rangel Abud. Todos los derechos reservados.

Esta obra está licenciada bajo Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Usted es libre de:

- Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución** — Debe dar crédito apropiado, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Debe hacerlo de manera adecuada, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo del licenciante.

- **NoComercial** — No puede utilizar el material con propósitos comerciales.
- **SinDerivadas** — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede distribuir el material modificado.
- **No hay restricciones adicionales** — No puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros hacer cualquier cosa que permita la licencia.

Avisos:

- No tiene que cumplir con la licencia para aquellos elementos del material en el dominio público o cuando su uso esté permitido por una excepción o limitación aplicable.
- No se dan garantías. La licencia podría no darle todos los permisos necesarios para el uso que tenga previsto. Por ejemplo, otros derechos como relativos a publicidad, privacidad, o derechos morales pueden limitar la forma en que utilice el material.

Para ver una copia de esta licencia, visite: https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

---

Palabras clave

Comedia de costumbres, sátira social, Escocia georgiana, Jane Austen, cazafortunas, matrimonio arreglado, aristocracia, fantasma, humor gótico, novela de salón, ironía austeniana, crítica social, pretendientes, herencia, fortuna, casamenteras, baile aristocrático, amor y dinero, especulación matrimonial, consejero espectral, pragmatismo vs romanticismo

---

Temas principales

- **Matrimonio como transacción económica:** Exploración satírica de cómo las fortunas determinan las alianzas románticas
- **Cazafortunas y pretendientes:** Galería de personajes masculinos cuyas intenciones mercenarias contrastan con sus declaraciones románticas
- **Pragmatismo vs. romanticismo:** El debate central entre el cálculo práctico y las aspiraciones del corazón
- **Ironía social:** Crítica mordaz de una sociedad donde la hipocresía es moneda corriente
- **Consejos espectrales:** El fantasma como voz de verdades incómodas que los vivos no pueden expresar
- **Inteligencia femenina:** Una protagonista que utiliza su mente para navegar las complejidades del mercado matrimonial
- **Casamenteras profesionales:** Las redes sociales de vigilancia y especulación sobre candidatos elegibles

- **Vanidad aristocrática:** Retrato irónico de una clase social que confunde riqueza con mérito
- **Comedia de situación:** El humor derivado de malentendidos, contratiempos y revelaciones inoportunas
- **Transformación y crecimiento:** El viaje de una protagonista cínica hacia la posibilidad del amor auténtico

---

Advertencias de contenido

Esta obra contiene:

- Sátira de convenciones sociales del siglo XVIII
- Crítica irónica de la aristocracia y sus costumbres matrimoniales
- Humor sobre cazafortunas y especulación económica romántica
- Elementos sobrenaturales (apariciones fantasmales) tratados con humor
- Lenguaje formal del período georgiano con giros irónicos
- Reflexiones sobre desigualdad económica y matrimonio

Recomendada para lectores que disfrutan de:

- Novela de costumbres
- Humor británico
- Sátira social ingeniosa
- Comedia romántica con sustancia
- Ironía literaria y prosa elaborada

Citas destacadas

"Un castillo que se alza sobre una colina como un diente cariado en la sonrisa de la campiña."

"La lluvia escocesa cae con la constancia de las lágrimas de una viuda profesional."

"El amor romántico tiene tanto futuro como un copo de nieve en el infierno."

"El matrimonio es como cualquier otra transacción: lo importante no es obtener el mejor precio, sino evitar ser completamente estafado."

"Un mentiroso competente es siempre preferible a un torpe sincero cuando se trata de matrimonio."

"Los muertos, por una vez, demuestran tener más sentido común que los vivos."

Contexto histórico y literario

Esta novela se inscribe en la tradición de la **comedia de costumbres**, género que floreció en la Inglaterra georgiana y victoriana. Aunque escrita en español y en el siglo XXI, captura fielmente el espíritu de la novela de salón del siglo XVIII, donde los bailes, las visitas de cortesía y las maniobras matrimoniales constituían el escenario principal de la acción.

La Escocia georgiana proporciona el marco perfecto para esta sátira: una sociedad donde la aristocracia mantenía estrictas convenciones sociales mientras enfrentaba presiones económicas que convertían el matrimonio en campo de batalla financiero tanto como romántico.

El uso del fantasma como consejero no es meramente un recurso gótico, sino una herramienta narrativa que permite expresar verdades que la cortesía social prohibía mencionar abiertamente. Lothar el Grande puede decir lo que los vivos deben callar.

Cómo citar esta obra

Formato APA:
Rangel Abud, S. (2025). *El fantasma de mi abuelo*. Internet Archive. https://archive.org/details/[identificador]

Formato MLA:
Rangel Abud, Salvador. *El fantasma de mi abuelo*. 2025. Internet Archive, https://archive.org/details/[identificador]

Formato Chicago:
Rangel Abud, Salvador. *El fantasma de mi abuelo*. 2025. Internet Archive. https://archive.org/details/[identificador]

Para reflexión del lector

Esta novela plantea preguntas que trascienden su ambientación histórica:

- ¿Hasta qué punto nuestras decisiones románticas están determinadas por consideraciones económicas?
- ¿Puede existir equilibrio genuino en relaciones donde las fortunas son dramáticamente desiguales?
- ¿Es posible el amor auténtico cuando el matrimonio es también transacción financiera?
- ¿Qué papel juega el cálculo práctico en decisiones que preferimos considerar puramente emocionales?
- ¿Son los "matrimonios de conveniencia" necesariamente menos felices que los "matrimonios por amor"?

Aunque la sociedad ha cambiado desde la época georgiana, las tensiones entre corazón y billetera, entre pasión y pragmatismo, siguen siendo relevantes.

Sobre el estilo narrativo

La prosa de esta novela merece atención especial. Cada frase está cuidadosamente construida para lograr múltiples efectos:

Comparaciones elaboradas que iluminan mientras divierten: *"Su corpulenta figura se aproximaba con la majestuosidad de un galeón español navegando hacia un puerto seguro"*

Ironía estructural donde el narrador finge seriedad mientras socava: *"Poseía una belleza que habría hecho palidecer de envidia a Venus—si la diosa hubiera tenido la desgracia de nacer en Escocia"*

Precisión satírica en la descripción de motivos ocultos: *"La forma en que sus ojos evaluaban discretamente el costo de su vestido"*

El resultado es una prosa que puede leerse por puro placer estilístico, independientemente de la trama.

Contacto y más obras del autor

Para conocer más obras de Salvador Rangel Abud, visite su colección en Internet Archive donde encontrará su catálogo completo de novelas que abarcan géneros como:

- Sátira política (El carrusel de la política)
- Sátira filosófica renacentista (El arte del panadero)
- Ficción política multigeneracional
- Thriller psicológico
- Drama existencial
- Romance regional
- Comedia de costumbres

Agradecimientos

Esta novela es producto de décadas de lectura de los grandes maestros de la comedia de costumbres y de admiración por escritores que demostraron que el humor inteligente y la crítica social pueden coexistir en narrativa que entretiene mientras ilumina.

Agradezco a Jane Austen por demostrar que las vidas de mujeres inteligentes navegando sociedades restrictivas merecen atención literaria seria. A P.G. Wodehouse por probar que la prosa elaborada y el humor absurdo son perfectamente compatibles. Y a todos los escritores que han entendido que la comedia es a menudo la forma más efectiva de crítica social.

EL FANTASMA DE MI ABUELO
Una comedia de costumbres donde los muertos son más sensatos que los vivos

Salvador Rangel Abud
2025

"Prepárate para conocer una sociedad donde el amor se cotiza como el trigo en tiempos de escasez, donde la virtud es una moneda tan rara como honesta, y donde los muertos, por una vez, demuestran tener más sentido común que los vivos."

INDICE

PRÓLOGO: El Condado de Midlothian
CAPÍTULO I: La Heredera de la Vanidad
CAPÍTULO II: Las Celestinas de Salón
CAPÍTULO III: El Baile de los Pretendientes Codiciosos
CAPÍTULO IV: La Epifanía Espectral
CAPÍTULO V: Lecciones de Amor de Ultratumba
CAPÍTULO VI: El Catálogo de Candidatos
CAPÍTULO VII: La Conspiración de las Casamenteras
CAPÍTULO VIII: El Pretendiente Inesperado
CAPÍTULO IX: El Debate Entre Mundos
CAPÍTULO X: La Resolución Fantasmal
EPÍLOGO: El Condado 10 años después

PRÓLOGO

El Escenario del Condado de Midlothian

Hay en Escocia, no lejos de Edimburgo—esa ciudad que se precia de civilizada mientras sus habitantes conservan la rudeza de sus antepasados montañeses—, un condado llamado Midlothian, cuya principal ornamentación es un castillo que se alza sobre una colina como un diente cariado en la sonrisa de la campiña. Este edificio, construido en tiempos en que los hombres preferían la solidez a la elegancia y la defensa al ornato, presenta al viajero una fachada tan imponente como desagradable, con torres que parecen amenazar al cielo y ventanas que miran el paisaje con el ceño fruncido de un prestamista examinando un pagaré dudoso.

Las piedras de sus muros, ennegrecidas por siglos de lluvia escocesa—esa lluvia que cae con la constancia de las lágrimas de una viuda profesional—, han sido testigos de más intrigas familiares que un confesor jesuita, y guardan secretos suficientes para llenar las crónicas de una docena de casas nobles. Sus salones, decorados con el gusto ostentoso de quienes confunden la riqueza con la elegancia, albergan retratos de antepasados cuyas virtudes han sido magnificadas por la muerte tanto como sus defectos han sido convenientemente olvidados por sus herederos.

En el gran salón, donde la luz del día penetra a regañadientes a través de ventanales emplomados, cuelgan tapices flamencos que narran batallas en las que ningún Midlothian participó jamás, pero que sirven para impresionar a los visitantes menos ilustrados. Los muebles, importados de Francia en tiempos más prósperos, conservan esa elegancia forzada de quien viste ropas demasiado finas para su condición, mientras que los espejos venecianos reflejan no solo las figuras de quienes se miran en ellos, sino también la vanidad que los mueve a hacerlo.

La biblioteca, orgullo particular de la familia, contiene más volúmenes de los que jamás leerá alma viviente en el castillo, dispuestos con esa simetría que solo aprecian quienes valoran más la apariencia del saber que el saber mismo. Allí reposan, en ordenada fila, las obras de los clásicos junto a tratados de genealogía que demuestran—con la minuciosidad propia de quien necesita probar lo evidente—la noble estirpe de los Midlothian, remontándose hasta épocas en que la nobleza se medía más por la fuerza del brazo que por la pureza de la sangre.

Los jardines que rodean el castillo han sido diseñados con esa artificialidad que tanto place a quienes desconfían de la naturaleza en estado puro. Setos recortados con precisión matemática forman laberintos donde es más fácil perderse que encontrar la salida, imagen perfecta de la sociedad que los creó. Las fuentes, alimentadas por manantiales que corren desde las colinas circundantes, arrojan chorros de agua con un estruendo que pretende ser musical pero que resulta tan armónico como una disputa entre acreedores.

En cuanto a los aposentos privados, están decorados con esa opulencia que caracteriza a quienes han heredado el gusto junto con la fortuna, sin haber cultivado ni lo uno ni lo otro. Cortinajes de seda importada del Oriente—donde fueron tejidos por manos que jamás conocerán la comodidad que proporcionan—enmarcan lechos donde se han concebido más intrigas que herederos legítimos, y donde el sueño de los ocupantes suele verse turbado por pesadillas que tienen más que ver con sus conciencias que con la digestión.

Es en este escenario, lector benévolo, donde habrán de desarrollarse los acontecimientos que seguirán, y en el cual encontrarás personajes cuyas virtudes y vicios están distribuidos con esa desproporción que caracteriza a la humanidad, pero magnificados por esa lente de aumento que proporciona la riqueza ociosa y la noble cuna. Si te sorprende su comportamiento, recuerda que la naturaleza humana, vista de cerca y sin los velos de la hipocresía social, suele resultar más entretenida que edificante, y más verdadera que hermosa.

Prepárate, pues, para conocer una sociedad donde el amor se cotiza como el trigo en tiempos de escasez, donde la virtud es una moneda tan rara como honesta, y donde los muertos, por una vez, demuestran tener más sentido común que los vivos.

CAPÍTULO I

La Heredera de la Vanidad

Lady Indra McKenzie de Midlothian—pues conservaba el apellido materno por una de esas peculiaridades testamentarias que tanto complacen a los juristas como atormentan a los herederos—había alcanzado la edad de veinticuatro años sin haber cometido más imprudencia que la de nacer mujer en una época en que tal condición, por muy noble que fuese la cuna, constituía un inconveniente considerable para quien aspiraba a dirigir sus propios destinos.

La Providencia, que reparte sus dones con esa ironía que caracteriza a todos los grandes distribuidores, había sido generosa con nuestra heroína en todo aquello que una dama podía desear, y mezquina precisamente en lo que más necesitaba. Poseía una belleza que habría hecho palidecer de envidia a Venus—si la diosa hubiera tenido la desgracia de nacer en Escocia—, una inteligencia tan aguda como la lengua de una suegra experimentada, y una fortuna que convertía en mendigos a la mitad de los lores del país. Pero le faltaba aquello que ningún testamento puede legar ni ninguna herencia puede proporcionar: la capacidad de confiar en las intenciones ajenas sin examinarlas con el ojo avizor de un usurero ante un deudor moroso.

Sus mañanas transcurrían en una rutina tan invariable como los sermones dominicales del pastor MacPherson, y considerablemente menos edificante. Despertaba en su lecho con dosel—importado de Francia en tiempos en que los Midlothian tenían más dinero que juicio—para enfrentarse al espejo veneciano que presidía su tocador con la majestuosidad de un juez ante un reo. Allí contemplaba su reflejo con esa mezcla de satisfacción y descontento que caracteriza a quienes han recibido de la naturaleza más de lo que esperaban y menos de lo que creían merecer.

Su doncella, una tal Morag MacTavish, cuya fealdad era tan notable como su discreción—cualidades que la hacían invaluable en una casa donde la belleza de la señora no admitía competencia—, se encargaba de los preparativos matutinos con el celo de un sacristán disponiendo los ornamentos del altar. Cada rizo debía caer con la precisión de una lágrima de cocodrilo, cada pliegue del vestido disponerse con la exactitud de un contrato matrimonial, pues Lady Indra había elevado el arte del arreglo personal a la categoría de ciencia exacta.

Una vez completada esta ceremonia diaria de vanidad—que no consumía menos tiempo que una misa solemne ni resultaba menos tediosa para los observadores—nuestra condesa descendía a desayunar en el comedor pequeño, llamado así no por sus dimensiones—que habrían resultado generosas para una familia de comerciantes prósperos—sino por contraposición al gran comedor, cuyas proporciones catedralicias solo se utilizaban cuando la ocasión requería impresionar a visitantes cuya importancia fuera proporcional a su ignorancia.

Allí, ante una mesa servida con la porcelana de Sèvres que había pertenecido a su difunta madre—y que conservaba intacta gracias a la saludable costumbre escocesa de usar la vajilla buena solo para ocasiones que nunca llegaban—, Lady Indra consumía su primera comida del día mientras revisaba la correspondencia con el entusiasmo de un condenado leyendo su sentencia.

Las cartas, que llegaban con la regularidad de las mareas y la monotonía de los impuestos, se dividían invariablemente en tres categorías: invitaciones a eventos sociales donde su presencia era requerida como ornamento humano de considerable valor, propuestas comerciales de diversos comerciantes que deseaban aprovecharse de su riqueza, y misivas de pretendientes cuya prosa florida mal disimulaba intenciones tan transparentes como el cristal de sus ventanas.

Era precisamente la lectura de estas últimas lo que proporcionaba a Lady Indra el entretenimiento más agridulce de sus mañanas. Con la pericia de un anatomista diseccionando un cadáver, examinaba cada frase en busca de las verdaderas intenciones del remitente, encontrando invariablemente lo que buscaba: referencias más o menos sutiles a su fortuna, alusiones a las ventajas de unir patrimonios, y esas declaraciones de amor eterno que sonaban tan convincentes como las promesas de un político en vísperas de elecciones.

"Querida e incomparable Lady Indra", había escrito cierto Lord Mackinnon esa misma mañana, "vuestra belleza ha conquistado mi corazón con la misma facilidad con que vuestros antepasados conquistaron estas tierras que ahora embellecéis con vuestra presencia." La condesa había sonreído con la amargura de quien reconoce una mentira artísticamente elaborada, preguntándose si el bueno de Mackinnon recordaba que sus antepasados habían adquirido esas tierras mediante compra y no por conquista, y que su interés por su corazón era directamente proporcional al de su bolsa.

Tras despachar la correspondencia con el mismo desdén con que un emperador romano desechaba las peticiones de clemencia, Lady Indra se dedicaba a contemplar el paisaje desde los ventanales del salón, ejercicio que había perfeccionado hasta convertirlo en una forma sublime de melancolía decorativa. Allí permanecía, enmarcada por las cortinas de brocado como un retrato viviente de la insatisfacción aristocrática, observando las colinas que se extendían más allá de los jardines con la expresión de quien busca en el horizonte algo que sabe que no encontrará jamás.

Era en estos momentos de contemplación forzada cuando Lady Indra se entregaba a su ocupación favorita: el cultivo sistemático de su descontento. Con la dedicación de un jardinero experto, regaba diariamente sus quejas con el rocío de nuevas reflexiones sobre la ingratitud del destino, las podaba con consideraciones filosóficas sobre la vanidad de la existencia humana, y las fertilizaba con comparaciones desfavorables entre su situación actual y la felicidad que creía merecer.

Así transcurrían los días de nuestra heroína en esa deliciosa monotonía que caracteriza la vida de quienes tienen suficiente dinero para evitar los problemas reales y suficiente imaginación para crear otros imaginarios, ignorando que la Providencia—que nunca deja de vigilar a sus criaturas más caprichosas—tenía preparada para ella una serie de acontecimientos que habrían de alterar su apacible rutina de manera tan inesperada como definitiva.

CAPÍTULO II

Las Celestinas de Salón

Si la naturaleza humana fuese tan previsible como las estaciones del año, no habría nacido en toda Escocia pareja de criaturas más destinadas a convertirse en casamenteras profesionales que Margaret Sinclair y Janet MacLeod. La primera, hija de un comerciante de Glasgow que había ennoblecido su fortuna mediante el expediente de comprar un título menor a un lord arruinado, poseía esa habilidad natural para la intriga que caracteriza a quienes han crecido oyendo negociar a sus mayores. La segunda, viuda de un capitán de dragones que había tenido la cortesía de morir en Flandes antes de dilapidar completamente su herencia, había aprendido en los salones militares ese arte de la estrategia que tan útil resulta en las campañas matrimoniales.

Ambas damas habían contraído amistad con Lady Indra en circunstancias que revelan hasta qué punto el aburrimiento puede unir a las almas más dispares. Se habían conocido en uno de esos eventos sociales donde la alta sociedad edimburguesa se reúne para demostrar que la riqueza no necesariamente mejora los modales, y habían descubierto que compartían dos aficiones fundamentales: el desprecio por la mayoría de sus semejantes y el placer exquisito de analizar los defectos ajenos con la minuciosidad de un orfebre examinando una joya sospechosa.

Margaret Sinclair, que había alcanzado los treinta y dos años sin haber logrado pescar marido propio—deficiencia que atribuía alternativamente a su excesiva inteligencia, a la mezquindad de los hombres, o a la mala suerte, según le conviniera en cada ocasión—, había decidido canalizar sus frustrados instintos matrimoniales hacia la más noble causa de casar a sus amigas. Poseía una figura que había sido agraciada en su juventud y que conservaba cierta dignidad en su madurez, como esos edificios antiguos que, sin ser hermosos, imponen respeto por su solidez. Su rostro, marcado por esa expresión de perpetua vigilancia que caracteriza a quienes han hecho de la observación ajena su principal entretenimiento, se iluminaba con un brillo particular cada vez que se presentaba la oportunidad de urdir una nueva maquinación matrimonial.

Janet MacLeod, por su parte, había tenido la experiencia del matrimonio durante los tres años que duraron sus nupcias con el difunto capitán—período que recordaba con esa nostalgia selectiva que permite

conservar solo los recuerdos agradables mientras se olvidan convenientemente las molestias—, y se consideraba por tanto una autoridad en materia de relaciones conyugales. A sus veintiocho años, conservaba los restos de una belleza que había sido considerable, como esas ruinas clásicas que, aun deterioradas, conservan cierta grandeza. Su viudez la había dotado de esa independencia que tanto envidiaban las solteras y tanto temían los hombres casados, pues podía permitirse el lujo de decir la verdad sin temor a las consecuencias económicas.

Estas dos damas habían establecido una costumbre que honraba por igual su amistad y su afición por la intriga: visitaban el castillo de Midlothian cada martes y viernes por la tarde, para lo que ellas denominaban "tertulias de estrategia social" y que cualquier observador imparcial habría calificado más apropiadamente como "consejos de guerra contra la soltería de Lady Indra".

La ceremonia se desarrollaba siempre con la misma solemnidad ritual. Las damas arribaban al castillo en sus respectivos carruajes—Margaret en el suyo propio, adquirido con los ahorros de toda una vida de soltería económica; Janet en el que había heredado del capitán, y que conservaba cierto aire marcial que ella encontraba sumamente apropiado para sus expediciones conquistadoras—, y eran recibidas en el salón pequeño con esa mezcla de placer y resignación con que Lady Indra acogía cualquier distracción a su rutina de melancolía decorativa.

El ritual comenzaba invariablemente con el servicio del té, ceremonia que había adquirido en manos de estas damas la complejidad de una maniobra militar. Cada taza era dispuesta con la precisión de una pieza de artillería, cada terrón de azúcar colocado con el cuidado de quien coloca una mina explosiva, mientras se intercambiaban esas cortesías preliminares que sirven para tantear el terreno antes de lanzar el ataque principal.

—Mi querida Indra —solía comenzar Margaret, mientras removía su té con esa energía que caracteriza a quienes están a punto de embarcarse en una empresa ardua—, hemos venido hoy con noticias que consideramos de la mayor importancia para tu futuro bienestar.

—En efecto —secundaba Janet, disponiendo su taza con la precisión de un general colocando sus tropas—, se trata de asuntos que requieren nuestra más seria consideración y tu más atenta colaboración.

Lady Indra, que había aprendido a reconocer estos preámbulos como el navegante reconoce las señales de tormenta, se preparaba mentalmente para resistir el asedio que inevitablemente seguiría. Con la paciencia de quien ha sido sometido repetidamente al mismo suplicio, escuchaba mientras sus amigas desplegaban sus argumentos con la metodología de experimentadas activistas matrimoniales.

—Hemos estado realizando un censo exhaustivo de la nobleza disponible —anunciaba Margaret, produciendo de su bolso una libreta donde

llevaba anotaciones que habrían hecho honor a un espía profesional—. Y debemos informarte que la situación se torna cada día más apremiante.

—Los mejores partidos —añadía Janet con tono grave— están siendo arrebatados por jovencitas sin fortuna pero con menos escrúpulos que tú en cuanto a examinar las motivaciones de sus pretendientes.

Era entonces cuando comenzaba el verdadero espectáculo: el desfile de candidatos potenciales, cada uno analizado con la minuciosidad de un comerciante evaluando mercancía dudosa. Margaret leía sus notas con la solemnidad de un heraldo proclamando edictos reales, mientras Janet proporcionaba comentarios adicionales basados en su amplia red de informadores sociales.

—Lord Pemberton ha aumentado considerablemente sus atenciones hacia la pequeña Hamilton —informaba Margaret—, y según nuestros informes, la muchachita no muestra la resistencia que sería de esperar en una joven bien educada.

—Un escándalo —corroboraba Janet—, especialmente considerando que el patrimonio de los Hamilton no llega ni a la décima parte del tuyo, querida Indra.

—Y Lord MacIntyre —continuaba Margaret consultando sus notas— ha sido visto en compañía de esa advenediza de los Fraser, cuyo único mérito consiste en tener veinte años y la desfachatez suficiente para usar escotes que habrían escandalizado a nuestras abuelas.

Lady Indra escuchaba estos informes con esa mezcla de diversión y fastidio que produce el espectáculo de la necedad ajena cuando se ejerce con buenas intenciones. Admiraba secretamente la dedicación de sus amigas, aun cuando deploraba la futilidad de sus esfuerzos, pues sabía que ningún argumento lógico podría convencerla de aceptar lo que su instinto rechazaba: la idea de que alguno de esos caballeros pudiera amarla por sí misma y no por su fortuna.

—Mis queridas amigas —solía responder con esa paciencia exquisita que caracteriza a los mártires mejor educados—, vuestra dedicación me conmueve profundamente, pero debo insistir en que prefiero conservar mi libertad antes que arriesgarla con un hombre cuyas intenciones sean tan transparentes como las de un mercader pregonando su mercancía.

—¡Pero esa actitud te condenará a la soltería perpetua! —exclamaba Margaret con la desesperación de un general viendo huir a sus tropas.

—Y la soltería perpetua —replicaba Janet con tono apocalíptico— es una condición que ninguna mujer de tu posición puede permitirse sin convertirse en objeto de lástima para sus inferiores y de mofa para sus iguales.

Así se desarrollaban estas tertulias, con la regularidad de las mareas y la inevitabilidad del juicio final, mientras las tres damas libraban una batalla cortés pero encarnizada entre la determinación casamentera de unas y la resistencia solterona de la otra, ignorando todas que la Providencia—que se divierte observando los esfuerzos humanos como

los niños se divierten viendo luchar a los insectos—estaba preparando una intervención que habría de alterar completamente las reglas del juego.

CAPÍTULO III

El Baile de los Pretendientes Codiciosos

La decisión de Lady Indra de ofrecer un gran baile en el castillo de Midlothian había sido tomada con esa misma lógica perversa que lleva a los enfermos de melancolía a buscar la compañía precisamente de aquellos que más han de irritar su condición. Cansada de los sermones domésticos de Margaret y Janet—quienes habían intensificado sus campañas matrimoniales hasta convertirlas en una forma refinada de tortura china—, nuestra heroína había decidido enfrentar de una vez por todas a la jauría de pretendientes que, según sus amigas, se disputaban el honor de su mano con el ardor de acreedores peleándose por los bienes de un deudor recién fallecido.

—Si he de ser acosada por estos caballeros —había declarado con esa resolución que caracteriza a quienes abrazan su destino como el náufrago abraza la tabla que ha de llevarlo al fondo—, prefiero que sea en mi propio terreno y bajo mis propias condiciones. Organicemos un baile que sirva de campo de batalla definitivo, donde pueda observar a mis admiradores en su hábitat natural y juzgar si alguno de ellos merece algo más que mi desdén educado.

Margaret y Janet habían recibido esta propuesta con el entusiasmo de dos generales a quienes se les presenta la oportunidad de librar la batalla decisiva. Inmediatamente se habían puesto manos a la obra con esa eficiencia que caracteriza a quienes han encontrado por fin una causa digna de sus talentos organizativos, y que cualquier empresario de pompas fúnebres habría envidiado por su minuciosidad y su sentido de la ocasión.

Las invitaciones, redactadas en un papel tan fino que parecía más apropiado para envolver joyas que para comunicar noticias sociales, fueron despachadas a todo caballero soltero de la nobleza escocesa cuya edad estuviera entre los veinticinco y los cuarenta años, cuya reputación fuera lo suficientemente limpia para no escandalizar a las damas de más edad, y cuya situación económica fuera lo bastante precaria para hacer atractiva una alianza matrimonial ventajosa. En otras palabras, se invitó a todos aquellos que tenían más necesidad de una esposa rica que deseo de una compañera amorosa.

El efecto de estas misivas fue inmediato y espectacular. En todo Edimburgo y sus alrededores no se habló de otra cosa durante una semana entera, y más de un sastre vio aumentar considerablemente sus ingresos gracias a caballeros que decidieron renovar su guardarropa para la ocasión. Los prestamistas de la capital también experimentaron un repentino incremento en su clientela, pues muchos de los invitados

necesitaron fondos adicionales para hacer el papel que la ocasión requería.

La noche del baile, el castillo de Midlothian presentaba un aspecto que habría impresionado favorablemente al mismísimo rey de Francia, si Su Majestad hubiera tenido la desgracia de nacer en Escocia y la necesidad de impresionar a la nobleza local. Todas las velas del castillo habían sido encendidas, creando una iluminación que costaba más por hora que el salario anual de un pastor, pero que proporcionaba ese resplandor dorado que tan apropiado resulta para disimular los defectos de la edad y realzar las virtudes de la juventud.

El gran salón había sido despojado de sus muebles habituales y decorado con esas flores que solo pueden permitirse quienes tienen jardineros suficientes para mantener invernaderos durante el invierno escocés. Los músicos, traídos expresamente de Edimburgo y alojados durante tres días en el castillo para que se familiarizaran con la acústica del salón, afinaban sus instrumentos con esa solemnidad que caracteriza a quienes saben que su actuación será juzgada no solo por su calidad artística sino por su contribución al éxito de una campaña matrimonial de importancia nacional.

Los invitados comenzaron a llegar con esa puntualidad que caracteriza a quienes tienen algo importante que ganar y mucho que perder. El primero en hacer su aparición fue Lord Alistair MacBride, segundo hijo de una familia cuyo título era más antiguo que su fortuna, y cuya elegancia personal contrastaba notablemente con la modestia de su carruaje—prestado para la ocasión por un primo más afortunado. MacBride poseía esa belleza varonil que la naturaleza concede ocasionalmente a los hombres como compensación por haberlos dotado de más orgullo que sentido común, y había llegado con la firme resolución de conquistar a Lady Indra mediante el despliegue de unos encantos que habían resultado irresistibles para varias damas de menor fortuna y menores escrúpulos.

Le siguió Lord Hamish Drummond, cuya corpulencia testimoniaba años de buena mesa en tiempos más prósperos, y cuya conversación versaba invariablemente sobre las mejoras que introduciría en sus tierras una vez que hubiera asegurado los fondos necesarios para tales empresas. Drummond tenía esa confianza en sí mismo que caracteriza a quienes han aprendido a convertir sus defectos en virtudes mediante el simple expediente de ignorar los primeros y proclamar las segundas con suficiente convicción.

El tercero en llegar fue Sir Roderick Campbell, famoso en toda Escocia por haber dilapidado una de las fortunas más considerables del país mediante una combinación de inversiones desafortunadas, amores costosos y esa generosidad que caracteriza a quienes gastan el dinero ajeno con más facilidad que el propio. Campbell conservaba, sin embargo, esos modales exquisitos que solo pueden adquirirse en la mejor sociedad, y esa facilidad de palabra que convierte las ruinas

financieras en aventuras románticas y las deudas apremiantes en inconvenientes temporales.

Uno tras otro fueron llegando los caballeros, cada uno más transparente en sus intenciones que el anterior, cada uno más necesitado de una alianza ventajosa que el precedente. Había lores cuyas tierras producían más cardos que rentas, barones cuyos castillos necesitaban más reparaciones que sus finanzas podían costear, y señores cuya nobleza de sangre contrastaba dramáticamente con la pobreza de sus arcas.

Lady Indra los recibía a todos con esa cortesía exquisita que había perfeccionado hasta convertirla en un arte refinado de la hipocresía social. Vestida con un traje de seda color marfil que había costado más que el equipaje completo de la mitad de sus invitados, y adornada con las joyas de familia que centelleaban como estrellas en el firmamento de la vanidad humana, presentaba una figura que justificaba plenamente la admiración que despertaba y explicaba completamente las intenciones que inspiraba.

Cada caballero, al ser presentado, desplegaba sus encantos con la metodología de un comerciante exhibiendo su mejor mercancía. MacBride inclinaba su hermosa cabeza con esa gracia estudiada que había practicado frente al espejo durante años; Drummond expandía su pecho como un pavo real mostrando su plumaje; Campbell desplegaba su conversación brillante como un prestidigitador exhibe sus trucos más espectaculares.

—Lady Indra —declaró MacBride con esa voz melodiosa que había sido su principal capital en numerosas conquistas amorosas—, vuestra presencia ilumina este salón con más esplendor que todas las velas de vuestro castillo.

—En efecto —añadió Drummond, no dispuesto a ser superado en galantería—, la belleza de nuestra anfitriona haría palidecer de envidia a la mismísima aurora boreal.

—Caballeros —intervino Campbell con esa sonrisa que había desarmado a más acreedores que argumentos legales—, nuestras palabras son insuficientes para expresar la magnificencia de esta velada y la gracia de quien la ofrece.

Lady Indra escuchaba estos cumplidos con esa sonrisa que había perfeccionado para tales ocasiones: lo suficientemente cortés para no ofender, lo suficientemente fría para no alentar, lo suficientemente ambigua para mantener las esperanzas sin comprometer su libertad. Mientras tanto, su mente funcionaba con la precisión de un relojero examinando un mecanismo defectuoso, analizando cada gesto, cada palabra, cada mirada en busca de las verdaderas intenciones que se ocultaban tras la fachada de la cortesía.

Cuando por fin se abrió el baile, el espectáculo que se desarrolló en el gran salón habría proporcionado entretenimiento suficiente para una docena de novelas satíricas. Cada caballero se esforzaba por obtener el

mayor número posible de danzas con la anfitriona, desplegando estrategias que habrían hecho honor a experimentados diplomáticos. Algunos optaron por el asalto directo, solicitando sus favores con esa audacia que caracteriza a quienes no tienen nada que perder; otros prefirieron la aproximación oblicua, estableciendo primero alianzas con Margaret y Janet para que intercedieran en su favor.

La propia Lady Indra danzaba con la gracia de quien ha convertido el baile en una forma refinada de tortura social. A cada pareja le concedía exactamente la atención necesaria para mantener sus esperanzas sin despertar sus sospechas, mientras observaba con creciente diversión el despliegue de vanidad masculina que se desarrollaba a su alrededor.

Fue durante su tercera danza con Lord MacBride—quien había logrado asegurar este privilegio mediante una combinación de adulación a Margaret y soborno discreto al maestro de ceremonias—cuando Lady Indra tuvo la primera indicación de que la velada no transcurriría según los planes previstos. Mientras giraba entre los brazos de su pareja, cuya conversación versaba sobre las mejoras que introduciría en su propiedad una vez que hubiera "asegurado ciertos recursos adicionales", sintió una corriente de aire frío que no parecía proceder de ninguna de las ventanas del salón.

Al principio atribuyó la sensación a los nervios propios de quien se ve sometida a un asedio amoroso en regla, pero cuando la temperatura descendió hasta el punto de hacer visible su aliento en el aire cálido del salón, comprendió que algo extraordinario estaba a punto de suceder. La música continuaba, los bailarines seguían girando, los invitados mantenían sus conversaciones, pero Lady Indra sentía crecer en su interior esa inquietud que precede a los acontecimientos que han de cambiar definitivamente el curso de una existencia.

Era medianoche cuando la temperatura del gran salón descendió hasta niveles que habrían resultado apropiados para conservar carne fresca, y los invitados comenzaron a intercambiar miradas de extrañeza mientras se arrebujaban en sus levitas con la dignidad de quienes no desean admitir que tienen frío. Fue entonces cuando Lady Indra, que danzaba en ese momento con Sir Campbell, vio por primera vez la figura que habría de alterar no solo el curso de la velada, sino el de toda su existencia futura.

Al fondo del salón, cerca de la galería donde colgaban los retratos de los antepasados Midlothian, había aparecido la forma translúcida de un caballero de edad avanzada, vestido con las ropas de una época anterior y que observaba el baile con esa expresión de divertida desaprobación que caracteriza a quienes han vivido lo suficiente para no tomarse en serio las vanidades humanas.

Lady Indra reconoció inmediatamente, por los retratos que había contemplado desde su infancia, la figura de su abuelo Lothar el Grande, difunto Conde de Midlothian, quien había abandonado este mundo veinte años atrás con la misma brusquedad con que había vivido en él.

El fantasma—pues era evidente que se trataba de tal aparición—la observaba con esa mezcla de cariño e impaciencia que había caracterizado sus relaciones en vida, y que la muerte no parecía haber modificado en absoluto.

La danza continuó, la música siguió sonando, los invitados prosiguieron con sus galanteos, pero Lady Indra ya no prestaba atención a nada que no fuera la figura espectral de su abuelo, quien había comenzado a hacerle gestos inequívocos para que se acercara a él. La noche, que había comenzado como una comedia de pretendientes codiciosos, estaba a punto de transformarse en algo completamente diferente, aunque Lady Indra aún no sospechaba hasta qué punto su vida ordenada y previsible iba a verse trastornada por la intervención de un muerto que, evidentemente, tenía asuntos pendientes con los vivos.

CAPÍTULO IV

La Epifanía Espectral

Si los tratados de filosofía natural hubieran incluido un capítulo sobre las inconveniencias de tener antepasados de carácter irascible, Lady Indra habría estado mejor preparada para el encuentro que estaba a punto de tener lugar. Pero como la educación de las damas de su rango se concentra más en el bordado y el francés que en las manifestaciones post mortem de parientes difuntos, nuestra heroína se encontró en la desafortunada posición de quien debe improvisar las reglas de etiqueta para una conversación con el más allá.

El fantasma de Lothar el Grande —pues tal era indudablemente la naturaleza de la aparición que se cernía sobre el baile como una nube de mal agüero sobre un picnic campestre— conservaba en la muerte esa presencia imponente que había caracterizado su existencia terrenal. Su figura translúcida se alzaba cerca de los siete pies de altura, envuelta en las ropas que habían sido el último grito de la moda durante el reinado de Carlos II, y que ahora le conferían el aspecto de un actor que hubiera olvidado quitarse el vestuario después de una representación particularmente elaborada.

Su rostro, que Lady Indra recordaba de los retratos como severo pero benevolente, mostraba ahora una expresión de irritación que habría hecho retroceder a un regimiento completo de dragones escoceses. Los ojos espectrales centelleaban con esa luz particular que caracteriza a quienes han tenido la oportunidad de contemplar las vanidades humanas desde la perspectiva de la eternidad, y que han llegado a la conclusión de que la muerte no los ha mejorado en absoluto.

Lady Indra, que continuaba danzando con Sir Campbell mientras intentaba procesar la extraordinaria visión que se desplegaba ante sus ojos, experimentó esa peculiar sensación de irrealidad que acompaña a los momentos en que la vida cotidiana es interrumpida bruscamente por lo sobrenatural. Su pareja, completamente ajeno a la presencia

espectral que dominaba el extremo opuesto del salón, continuaba su charla sobre las ventajas económicas de ciertos cultivos agrícolas, tema que en circunstancias normales habría resultado suficientemente tedioso como para hacer desear la muerte, pero que ahora parecía de una trivialidad casi reconfortante.

El fantasma, evidentemente impaciente por establecer comunicación con su descendiente, comenzó a hacer gestos que habrían resultado apropiados en un mercado de pescado pero que resultaban decididamente incongruentes en un salón de baile aristocrático. Agitaba sus brazos espectrales con esa energía que caracteriza a quienes tienen mucho que decir y poco tiempo para decirlo, mientras su expresión se tornaba progresivamente más amenazadora.

Cuando la pieza musical llegó a su fin, Lady Indra aprovechó la pausa para disculparse con su pareja y dirigirse hacia el extremo del salón donde la aparición la aguardaba con esa impaciencia que había sido su característica más notable en vida. Los invitados, ocupados en buscar nuevas parejas para la siguiente danza y en intercambiar esos cumplidos vacuos que constituyen la moneda corriente de la conversación social, no prestaron atención alguna a los movimientos de su anfitriona.

—¡Por fin! —exclamó el fantasma en cuanto Lady Indra estuvo lo suficientemente cerca como para escuchar su voz, que resonaba con esa calidad hueca característica de quienes han cambiado la carne por el éter—. ¡Creí que ibas a ignorarme toda la noche como si fuera uno de esos petimetres que tienes de invitados!

—Abuelo Lothar —murmuró Lady Indra, procurando mantener la voz lo suficientemente baja como para no llamar la atención de los demás asistentes—, ¿qué hacéis aquí? Creí que habíais... es decir, que vuestro descanso eterno...

—¡Descanso eterno! —bufó el espíritu con esa indignación que había sido su respuesta habitual a cualquier sugerencia de inactividad—. ¡Cómo si un hombre pudiera descansar cuando su única nieta está a punto de cometer la mayor necedad de la historia familiar! Y eso que los Midlothian hemos cometido necedades considerables a lo largo de los siglos.

Lady Indra echó una mirada nerviosa hacia el salón, donde Lord MacBride parecía estar preparándose para solicitar otra danza, mientras Lord Drummond intercambiaba confidencias con Margaret Sinclair, sin duda para asegurar su apoyo en las maniobras que tenía planeadas.

—No comprendo a qué os referís —susurró—. No he tomado decisión alguna respecto a...

—¡Exactamente! —la interrumpió el fantasma, cuya voz subió de tono hasta alcanzar niveles que habrían resultado audibles para los vivos si estos hubieran tenido la capacidad de escuchar a los muertos—. ¡Esa es precisamente la necedad a la que me refiero! Estás permitiendo que esa

jauría de cazafortunas te ronde como buitres alrededor de una carroña, sin hacer el menor esfuerzo por distinguir entre los que buscan tu dinero y los que... bueno, los que también buscan tu dinero pero al menos tienen la decencia de disimularlo mejor.

—Pero abuelo, si todos ellos...

—¡Por supuesto que todos ellos! —rugió Lothar, agitando sus brazos espectrales con tal vigor que varios de los candelabros más cercanos parpadearon ominosamente—. ¿Acaso esperabas que algún príncipe encantado apareciera a declararte su amor desinteresado? ¡Esta no es una fábula infantil, muchacha! ¡Es Escocia, donde el amor romántico tiene tanto futuro como un copo de nieve en el infierno!

La música había comenzado nuevamente, y varios caballeros se dirigían hacia Lady Indra con esa determinación que caracteriza a los cazadores que han avistado su presa. Ella agitó discretamente su abanico para indicar que necesitaba un momento más de descanso, gesto que fue interpretado por sus pretendientes como una muestra de delicada feminidad que no hizo sino aumentar su ardor conquistador.

—Entonces, ¿qué sugerís? —preguntó en un murmullo apenas audible.

—¡Que elijas al menos malo de todos ellos! —declaró el fantasma con esa lógica aplastante que había caracterizado sus decisiones comerciales en vida—. El matrimonio es como cualquier otra transacción: lo importante no es obtener el mejor precio, sino evitar ser completamente estafado. Y créeme, niña, después de observar a esta pandilla durante toda la velada, puedo asegurarte de que hay diferencias notables entre unos estafadores y otros.

Lord Campbell se había aproximado y ahora esperaba a una distancia respetuosa, componiendo su rostro en esa expresión de adoración calculada que había perfeccionado durante años de cortejo a herederas. Su presencia obligó a Lady Indra a interrumpir momentáneamente su conversación con el espíritu de su abuelo.

—Lady Indra —declaró Campbell con esa voz melodiosa que había sido su principal arma de seducción—, ¿me concederéis el honor de la próxima contradanza?

—Sir Campbell —respondió ella con esa sonrisa que había perfeccionado para tales ocasiones—, os ruego me disculpéis por unos momentos más. El calor del salón me ha afectado ligeramente.

Campbell se retiró con esa gracia que caracteriza a quienes saben cuándo es prudente no insistir, pero no sin antes lanzar una mirada a sus competidores que claramente indicaba que consideraba la pausa solicitada como una ventaja táctica temporaria.

—Ese —murmuró el fantasma, señalando con un dedo espectral la figura que se alejaba— no es la peor elección que podrías hacer.

—¿Sir Campbell? Pero si es notorio que ha dilapidado completamente su fortuna...

—¡Exactamente! —exclamó Lothar con satisfacción—. Ya ha demostrado que puede gastar dinero con estilo. Ahora solo necesita que alguien se lo proporcione. Es mucho mejor que esos otros que aún no han tenido la oportunidad de demostrar su capacidad para el despilfarro, pero que sin duda la tienen.

Lady Indra contempló a Sir Campbell, quien había sido interceptado por Janet MacLeod y ahora soportaba con elegante paciencia un interrogatorio sobre sus "planes futuros" que habría hecho honor a un tribunal de la Inquisición.

—Además —continuó el fantasma, calentándose con su tema favorito—, Campbell tiene la ventaja de la experiencia. Ha sido arruinado por mujeres mejores que tú, lo cual significa que sabe apreciar la calidad cuando la encuentra. Esos otros jovenzuelos van a necesitar años para desarrollar un gusto refinado para la ruina elegante.

—Abuelo, vuestra lógica es...

—¡Impecable! —la interrumpió—. He tenido veinte años para observar los matrimonios desde una perspectiva privilegiada, y puedo asegurarte que los fundados en el interés mutuo resultan considerablemente más duraderos que los basados en esas fantasías románticas que se evaporan tan pronto como llega la primera factura del sastre.

En ese momento, Lord MacBride había logrado eludir a Margaret Sinclair y se dirigía hacia ellas con esa determinación que caracteriza a quienes han decidido que ha llegado el momento del asalto final. Su hermoso rostro mostraba esa expresión de pasión calculada que había perfeccionado frente al espejo, y que habría resultado convincente para cualquiera que no tuviera la ventaja de contar con un consejero espectral.

—Ese —gruñó Lothar— es exactamente el tipo de hombre que evitarías si tuvieras una pizca del sentido común que caracterizó a tu difunta abuela. Demasiado guapo para ser honesto, demasiado pobre para ser independiente, y demasiado joven para haber aprendido a disimular decentemente sus intenciones mercenarias.

—Sir —murmuró Lady Indra cuando MacBride llegó a su lado—, ¿podríais aguardar un momento más? Me temo que necesito un poco de aire fresco.

MacBride accedió con esa gracia que caracteriza a quienes saben que su belleza es su principal capital, pero no sin antes dirigir una mirada hacia la terraza que claramente sugería que estaría encantado de acompañarla en su búsqueda de aire fresco y de cualquier otra cosa que pudiera presentarse durante un paseo nocturno a solas.

—No —declaró firmemente el fantasma—. Ese definitivamente no. Si vas a ser cortejada por un cazafortunas, al menos que sea uno con suficiente experiencia para hacer el trabajo correctamente. Campbell ha tenido práctica; este muchacho aún está aprendiendo el oficio.

Lady Indra observó el salón, donde los caballeros continuaban su elaborado ballet de cortejo, cada uno desplegando sus encantos particulares con la concentración de actores que saben que su actuación está siendo juzgada no solo por su calidad artística sino por sus posibles beneficios económicos. La situación tenía una cualidad surrealista que se veía intensificada por la presencia de su consejero espectral.

—Abuelo —susurró—, ¿y si ninguno de ellos me ama realmente?

El fantasma la contempló con esa expresión de paciencia exasperada que había reservado en vida para las preguntas particularmente ingenuas.

—Mi querida niña —declaró con una solemnidad que habría resultado apropiada para una oración fúnebre—, el amor romántico es un lujo que pueden permitirse quienes no tienen fortunas que proteger. Tú tienes una responsabilidad hacia la familia, hacia las tierras, hacia los criados que dependen de tu bienestar. La pregunta no es si te aman, sino si serán competentes administradores de lo que has heredado.

Era una perspectiva que Lady Indra nunca había considerado, y que encontraba simultáneamente deprimente y liberadora. Si el matrimonio era meramente una transacción comercial, entonces al menos podía evaluarse con criterios comerciales.

—Muy bien —murmuró finalmente—. Si debo elegir, ¿cuáles son vuestros consejos específicos?

El fantasma sonrió por primera vez desde su aparición, con esa expresión de satisfacción que había mostrado en vida cada vez que conseguía que alguien adoptara un punto de vista sensato.

—Ahora hablas como una verdadera Midlothian —declaró con aprobación—. Observa bien esta noche, escucha lo que dicen y, más importante aún, lo que no dicen. Y recuerda: un mentiroso competente es siempre preferible a un torpe sincero cuando se trata de matrimonio.

Con estas palabras, el fantasma comenzó a desvanecerse gradualmente, como si hubiera agotado la energía necesaria para mantener su manifestación física. Sus últimas palabras llegaron ya desde una distancia considerablemente mayor que la que había ocupado su forma material.

—Y otra cosa, niña: sea cual sea tu elección, asegúrate de que tenga sentido del humor. La eternidad es muy larga para pasarla con alguien que no aprecia una buena broma.

Con esto, Lothar el Grande desapareció completamente, dejando a Lady Indra sola con sus pensamientos y con un salón lleno de pretendientes que aguardaban su decisión sin sospechar que habían sido evaluados por un juez que llevaba veinte años muerto y que, evidentemente, había desarrollado opiniones muy definidas sobre los méritos relativos de los cazafortunas escoceses.

CAPÍTULO V

Lecciones de Amor de Ultratumba

La desaparición del fantasma de Lothar el Grande había proporcionado a Lady Indra apenas el tiempo suficiente para componer su semblante antes de que Lord Drummond se acercara con esa determinación que caracteriza a los comerciantes que han divisado una oportunidad de cerrar un trato ventajoso. Su corpulenta figura se aproximaba con la majestuosidad de un galeón español navegando hacia un puerto seguro, mientras sus ojos calculaban mentalmente las mejoras que introduciría en sus deterioradas propiedades una vez asegurado el matrimonio que tenía planeado.

—Lady Indra —declaró con esa voz que había modulado cuidadosamente para transmitir tanto ardor romántico como seriedad comercial—, permitidme que os diga que vuestra belleza esta noche supera incluso a las leyendas que circulan por toda Escocia sobre vuestros encantos.

Nuestra heroína, aun procesando los consejos espectrales que acababa de recibir, contempló a su pretendiente con nuevos ojos. Donde antes había visto simplemente a un caballero de modales refinados y conversación educada, ahora percibía los signos reveladores que su abuelo difunto le había enseñado a reconocer: la forma en que sus ojos evaluaban discretamente el costo de su vestido, la manera en que su mirada se deslizaba hacia las joyas que adornaban su cuello, la sutil tensión en su sonrisa que delataba la ansiedad del jugador que ha apostado todo a una sola carta.

—Sois muy galante, Lord Drummond —respondió con esa cortesía que había perfeccionado hasta el punto de poder mantenerla incluso mientras su mente funcionaba con la precisión de un contable examinando un libro de cuentas dudoso.

En ese preciso momento, cuando Drummond se disponía a solicitar una danza que sin duda habría utilizado para desplegar sus considerables encantos conversacionales, la temperatura del salón descendió nuevamente hasta niveles que habrían resultado apropiados para conservar carne durante el verano escocés. Los invitados, ya acostumbrados a las peculiaridades climáticas de la velada, se limitaron a arrebujarse discretamente en sus ropas mientras continuaban con sus galanteos, sin sospechar que estaban siendo testigos del regreso de un espíritu particularmente obstinado.

El fantasma de Lothar se materializó esta vez con mayor rapidez que en su primera aparición, evidentemente ansioso por continuar la educación sentimental de su nieta. Su figura espectral se cernía sobre la escena con esa autoridad que había caracterizado su existencia terrenal, y que la muerte no había logrado disminuir en absoluto.

—¡Perfecto! —declaró con esa satisfacción que había mostrado en vida cada vez que se le presentaba una oportunidad de demostrar un punto importante—. Aquí tienes un ejemplo excelente de lo que debes evitar.

Observa cómo este buen hombre intenta combinar la seducción con la contabilidad. Es como tratar de tocar una sonata mientras se cuenta dinero: el resultado es invariablemente discordante.

Lady Indra luchó por mantener su compostura mientras escuchaba simultáneamente los cumplidos de Lord Drummond y los comentarios mordaces de su consejero espectral. La situación tenía esa cualidad surreal que caracteriza a los sueños en los que uno se encuentra obligado a mantener una conversación educada mientras suceden cosas extraordinarias que nadie más parece notar.

—…y por eso creo firmemente —continuaba Drummond, completamente ajeno a la presencia fantasmal que comentaba su actuación— que las mejoras agrícolas son la clave del futuro económico de Escocia. Con la inversión adecuada, mis tierras podrían triplicar su producción en menos de cinco años.

—¡Escúchalo! —exclamó el fantasma con deleite—. No puede pasar cinco minutos sin mencionar sus proyectos de inversión. Es como un hombre que cortejara a una mujer hablándole constantemente de otra. La sutileza, mi querida niña, es el arte de conseguir lo que uno quiere sin admitir que lo desea.

Lady Indra asintió mecánicamente a los comentarios de Drummond sobre los beneficios de la rotación de cultivos, mientras su mente procesaba las observaciones de su abuelo. Era cierto que el caballero parecía incapaz de separar sus intenciones románticas de sus necesidades económicas, lo cual, según los criterios espectrales que acababa de adquirir, constituía una forma particularmente torpe de cazafortunas.

—Lord Drummond —interrumpió suavemente—, vuestros proyectos agrícolas son fascinantes, pero me temo que mi conocimiento de tales materias es demasiado limitado para apreciar completamente su alcance.

Era una diplomática forma de indicar que deseaba cambiar de tema, pero Drummond, con esa persistencia que caracteriza a quienes han confundido el entusiasmo con el encanto, interpretó el comentario como una invitación a explicar sus planes con mayor detalle.

—¡Ah, pero es precisamente esa modestia femenina la que hace tan atractiva la perspectiva de compartir estos conocimientos! —declaró con creciente animación—. Una esposa inteligente puede ser el mejor socio comercial que un hombre pueda desear.

—¡Santo Dios! —murmuró el fantasma con horror—. ¡Acaba de compararte con un socio comercial! En mis tiempos, ese tipo de comentario habría resultado en un duelo al amanecer. Los modales han decaído terriblemente desde mi época.

La situación se veía complicada por la llegada de Sir Campbell, quien había logrado liberarse de su conversación con Janet MacLeod y ahora se acercaba con esa elegancia natural que había sido su principal capital

en numerosas conquistas amorosas. Su presencia inmediata creó una de esas tensiones sociales que caracteriza a los encuentros entre competidores que luchan por el mismo premio.

—Lady Indra, Lord Drummond —saludó Campbell con esa cortesía exquisita que había perfeccionado durante años de navegar por las traicioneras aguas de la sociedad aristocrática—. Espero no interrumpir una conversación de importancia.

—En absoluto —respondió Lady Indra, secretamente agradecida por la interrupción—. Lord Drummond me ilustraba sobre las innovaciones agrícolas.

—¡Ahora observa a este! —comentó el fantasma con creciente interés—. Campbell sabe exactamente lo que está haciendo. Mira cómo ha cronometrado su aparición para interrumpir a su competidor en el momento más inoportuno, y cómo lo hace con tal elegancia que nadie puede acusarlo de descortesía.

Efectivamente, Campbell había logrado insertarse en la conversación con esa habilidad que caracteriza a los diplomáticos experimentados. Sin criticar directamente el tema que había estado discutiendo Drummond, logró desviarlo hacia materias más generales con una maestría que habría despertado la admiración de Maquiavelo.

—Las mejoras agrícolas son indudablemente importantes —declaró con esa sonrisa que había desarmado a más acreedores que argumentos legales—, aunque debo confesar que encuentro la conversación de esta noche demasiado estimulante para concentrarme en temas tan prácticos. La belleza y la inteligencia de nuestra anfitriona han elevado mis pensamientos hacia esferas más etéreas.

—¡Magnífico! —aplaudió el fantasma—. Ha conseguido elogiar tu belleza, halagar tu inteligencia, criticar sutilmente la conversación de su rival, y establecer un tono más romántico, todo en una sola frase. Eso, mi querida niña, es trabajo de profesional.

Lord Drummond, consciente de que había sido superado en elegancia, intentó recuperar el terreno perdido mediante una maniobra que habría resultado exitosa en un mercado de ganado pero que resultaba decididamente torpe en un salón aristocrático.

—Por supuesto, Sir Campbell —declaró con esa jovialidad forzada que caracteriza a quienes se sienten amenazados—, todos admiramos la belleza de Lady Indra. Pero un hombre debe pensar también en el futuro práctico. El amor romántico es muy hermoso, pero no paga las facturas del sastre.

El silencio que siguió a esta observación fue tan profundo que habría podido escucharse caer un alfiler sobre la alfombra persa del salón. Campbell mantuvo su sonrisa, pero Lady Indra pudo observar el destello de triunfo que apareció momentáneamente en sus ojos al darse cuenta de que su rival acababa de cometer un error fatal.

—¡Por todos los santos! —exclamó el fantasma con una mezcla de horror y deleite—. ¡Drummond acaba de pronunciar la frase más anti romántica en la historia de la seducción escocesa! Es como declarar tu amor mientras cuentas monedas. Campbell no necesita hacer nada más; Drummond se ha derrotado a sí mismo.

Efectivamente, Sir Campbell se limitó a inclinar la cabeza con esa gracia que había perfeccionado durante años de movimientos diplomáticos, mientras su sonrisa adquiría esa calidad particular que caracteriza a quienes han visto a un competidor eliminarse a sí mismo de la competencia.

—Lord Drummond tiene razón, por supuesto —declaró con esa generosidad aparente que constituye la forma más refinada de la crueldad social—. Los asuntos prácticos son importantes. Afortunadamente, algunos hombres hemos aprendido a combinar la prudencia económica con la sensibilidad romántica.

—¡Estocada mortal! —comentó el fantasma con admiración profesional —. Campbell acaba de confirmar que Drummond es un materialista sin redención, mientras se presenta a sí mismo como un hombre que comprende tanto los asuntos del corazón como los de la billetera. Y lo ha hecho de tal manera que Drummond no puede protestar sin confirmar exactamente la impresión que Campbell quiere crear.

Lady Indra observaba este intercambio con creciente fascinación. Los consejos de su abuelo estaban permitiéndole percibir matices en la conversación que antes habría pasado por alto completamente. Era como si hubiera adquirido súbitamente la capacidad de leer un idioma secreto que siempre había estado presente pero que ella nunca había comprendido.

Lord Drummond, consciente de que había perdido terreno considerable, intentó una retirada estratégica que le permitiera reagruparse para futuros asaltos.

—Naturalmente, Sir Campbell. Solo quería asegurarme de que Lady Indra comprendiera que mi interés en ella trasciende lo puramente... estético.

—¡Peor aún! —gimió el fantasma—. ¡Ahora ha sugerido que su interés es principalmente estético pero que tiene la bondad de considerar también otros factores! Es como decir que amas a una mujer por su dinero pero que tienes la generosidad de apreciar también su belleza.

Campbell, evidentemente consciente de que la batalla estaba ganada, decidió administrar el golpe de gracia con esa elegancia que caracteriza a los maestros de la diplomacia social.

—Estoy seguro de que todos los caballeros presentes esta noche apreciamos la combinación única de cualidades que hacen de Lady Indra una dama tan excepcional —declaró con esa sinceridad aparente que había perfeccionado hasta convertirla en un arte—. Su belleza, su

inteligencia, su gracia natural... cualquier hombre sería afortunado de ganar su afección, independientemente de cualquier otra consideración.

Era una declaración perfectamente calculada para presentarlo como un pretendiente desinteresado mientras sugería sutilmente que sus competidores estaban motivados por consideraciones menos elevadas. Lady Indra comprendió inmediatamente la maestría de la maniobra, y sintió una mezcla de admiración y alarma al darse cuenta de que estaba siendo cortejada por un artista consumado.

—¡Brillante! —exclamó el fantasma con genuina admiración—. Campbell acaba de establecer que él es el único pretendiente puramente romántico, mientras deja que Drummond se hunda en su propio materialismo. Y lo ha hecho de tal manera que parece estar defendiendo tu honor en lugar de promoviendo sus propios intereses.

La conversación fue interrumpida por la llegada de Margaret Sinclair, quien se acercaba con esa expresión de determinación maternal que había perfeccionado durante años de supervisar las vidas amorosas de sus amigas solteras.

—Caballeros —declaró con esa autoridad que caracteriza a quienes se han autoproclamado organizadoras sociales—, me temo que debo robar a Lady Indra por unos momentos. Hay ciertas damas que desean conocerla.

Era evidentemente una excusa diplomática para rescatar a su protegida de una situación que amenazaba con volverse demasiado intensa, pero tanto Campbell como Drummond se retiraron con esa gracia que caracteriza a quienes comprenden las sutilezas de la guerra social.

Cuando se quedaron solas (o tan solas como podía considerarse a alguien acompañado por el fantasma de un antepasado particularmente locuaz), Margaret se dirigió a Lady Indra con esa mezcla de curiosidad y preocupación que había caracterizado su vigilancia durante toda la velada.

—Mi querida Indra —murmuró—, no puedo evitar notar que has parecido algo... distraída esta noche. ¿Te encuentras bien?

Era una pregunta que habría resultado difícil de responder incluso en circunstancias normales, pero que se volvía prácticamente imposible cuando la distracción en cuestión consistía en recibir consejos matrimoniales de un pariente difunto.

—Estoy perfectamente, Margaret —respondió con esa sonrisa que había perfeccionado para tranquilizar a las amigas preocupadas—. Simplemente encuentro fascinante observar las diferentes aproximaciones que emplean los caballeros en sus galanteos.

—¡Muy bien! —aplaudió el fantasma—. Una respuesta que es completamente cierta pero que no revela nada comprometedor. Estás aprendiendo las artes de la conversación diplomática con notable rapidez.

Margaret pareció satisfecha con la explicación, aunque sus ojos conservaron esa expresión de curiosidad maternal que caracteriza a quienes sospechan que no les han contado toda la verdad.

—En ese caso —declaró—, me alegra saber que estás aprovechando la oportunidad para evaluar a tus pretendientes. Aunque debo decir que la conversación entre Sir Campbell y Lord Drummond parecía particularmente... animada.

—Cada caballero tiene su propio estilo —respondió Lady Indra diplomáticamente—. Es interesante observar las diferentes personalidades que se revelan a través de la conversación social.

—¡Excelente! —comentó el fantasma con aprobación—. Estás aprendiendo a hablar como una verdadera política. Esa respuesta no compromete tu opinión sobre ninguno de los pretendientes, pero sugiere que estás tomando la selección en serio.

La velada continuó su curso con esa cualidad teatral que caracteriza a los eventos sociales donde todos los participantes son conscientes de que están representando papeles en un drama cuyo desenlace aún no ha sido determinado. Lady Indra danzó con varios caballeros más, cada encuentro proporcionándole nuevas oportunidades de aplicar las lecciones que había recibido de su consejero espectral.

Con Lord MacBride, aprendió a reconocer las señales que delataban a un seductor profesional: la forma en que modulaba su voz para crear una sensación de intimidad artificial, la manera en que sus cumplidos seguían fórmulas demasiado perfectas para ser espontáneos, el cálculo frío que se ocultaba detrás de sus miradas aparentemente ardientes.

Con Sir Roderick Munro, un caballero recién llegado cuya reputación de jugador empedernido era conocida en toda Escocia, observó los signos que caracterizaban a quienes han desarrollado una relación problemática con el riesgo: la tensión nerviosa que ocultaba bajo una fachada de confianza, la forma en que sus ojos evaluaban constantemente las posibilidades de ganancia, la manera en que hablaba del futuro como si fuera una apuesta que estaba seguro de ganar.

—Ese —comentó el fantasma cuando Munro se alejó después de una danza particularmente intensa— es exactamente el tipo de hombre que puede arruinar una fortuna familiar en una sola noche de juego. Mantente alejada de él a menos que quieras ver las tierras de Midlothian convertidas en fichas de póquer.

Cada encuentro, cada conversación, cada observación del fantasma contribuía a la educación sentimental de Lady Indra. Era como si estuviera aprendiendo un idioma completamente nuevo, uno en el que los gestos tenían significados ocultos, las palabras llevaban mensajes cifrados, y las sonrisas eran mapas que revelaban los verdaderos territorios del corazón humano.

Cuando la medianoche se acercaba y los invitados comenzaron a mostrar señales de fatiga elegante, Lady Indra se retiró momentáneamente a la terraza para procesar todo lo que había aprendido durante la velada. El aire fresco de la noche escocesa proporcionaba un contraste reconfortante con la atmósfera cargada del salón, y por primera vez en horas pudo pensar con claridad.

El fantasma de su abuelo se materializó junto a ella con esa puntualidad que había caracterizado sus apariciones durante toda la noche.

—Bien —declaró con esa satisfacción que había mostrado en vida cada vez que completaba una tarea importante—, has recibido tu primera lección en las artes del matrimonio aristocrático. ¿Qué conclusiones has extraído de la experiencia?

Lady Indra contempló las estrellas que brillaban sobre el castillo de Midlothian, cada una tan distante y fría como las perspectivas matrimoniales que se extendían ante ella.

—He aprendido —declaró lentamente— que el matrimonio es un juego mucho más complejo de lo que había imaginado, y que todos los jugadores tienen cartas ocultas.

—¡Exactamente! —exclamó el fantasma con triunfo—. Y la clave del éxito no está en encontrar a alguien sin cartas ocultas, sino en elegir a alguien cuyas cartas ocultas sean compatibles con las tuyas.

Era una perspectiva que habría resultado deprimente si no hubiera sido simultáneamente liberadora. Si el matrimonio era efectivamente un juego, entonces al menos podía jugarse con inteligencia y estrategia, en lugar de depender únicamente de los caprichos del destino romántico.

—Abuelo —preguntó finalmente—, ¿creéis realmente que es imposible encontrar amor verdadero en el matrimonio?

El fantasma la contempló con esa expresión de ternura inesperada que había reservado en vida para los momentos de especial significado emocional.

—Mi querida niña —declaró con una gentileza que contrastaba notablemente con su tono habitual—, el amor verdadero no es imposible. Pero raramente llega de la manera en que lo esperamos, y casi nunca en el momento en que lo deseamos. La sabiduría está en construir una base sólida sobre la cual el amor pueda florecer si decide hacerlo.

Era, pensó Lady Indra, probablemente el consejo más romántico que jamás había recibido de un fantasma. Y mientras regresaba al salón para las últimas danzas de la velada, llevaba consigo no solo las lecciones prácticas sobre la naturaleza humana que había aprendido, sino también una nueva comprensión de las posibilidades que podían existir incluso dentro de los confines de un matrimonio de conveniencia.

La noche estaba lejos de haber terminado, y aún quedaban muchas lecciones por aprender.

CAPÍTULO VI

El Catálogo de Candidatos

El reloj del salón había dado la una de la madrugada cuando los últimos invitados se retiraron con esa elegancia trabajosa que caracteriza a quienes han consumido cantidades considerables de whisky escocés bajo el pretexto de brindar por la felicidad de su anfitriona. Lady Indra, finalmente liberada de las obligaciones sociales que habían gobernado su velada, se retiró a la biblioteca con esa sensación de agotamiento mental que acompaña a quienes han pasado horas interpretando un papel mientras sus pensamientos verdaderos permanecían cuidadosamente ocultos.

La biblioteca de Midlothian, con sus estanterías que se alzaban hasta el techo abovedado y sus ventanales que enmarcaban la noche escocesa, había sido siempre su refugio favorito. Era allí donde había pasado las tardes de su juventud, devorando novelas que poblaron su imaginación con héroes románticos y heroínas cuyo principal dilema consistía en elegir entre pretendientes que competían por su amor desinteresado. La ironía de su situación actual no escapaba a su percepción.

No había transcurrido un minuto desde su llegada cuando la temperatura de la habitación descendió hasta niveles que habrían resultado apropiados para conservar pescado durante los meses estivales. El fantasma de Lothar el Grande se materializó junto a la chimenea con esa puntualidad que había caracterizado sus apariciones comerciales en vida, cuando los asuntos importantes no podían posponerse por consideraciones de comodidad personal.

—¡Excelente! —declaró con esa satisfacción que había mostrado siempre al comenzar una transacción compleja—. Ahora que nos hemos librado de la multitud, podemos proceder al verdadero trabajo de la noche. Es hora de catalogar a tus pretendientes con la misma meticulosidad que aplicaría un comerciante de caballos a una remesa de animales de dudosa procedencia.

Lady Indra se acomodó en su sillón favorito, un mueble tapizado en terciopelo verde que había pertenecido a su abuela y que conservaba esa comodidad particular que solo se adquiere después de décadas de uso aristocrático.

—Muy bien, abuelo —murmuró—. Procedamos con vuestro análisis. Aunque debo confesar que vuestras comparaciones comerciales no contribuyen precisamente al romanticismo de la situación.

—¡El romanticismo! —bufó el espíritu con esa indignación que había reservado en vida para los conceptos que consideraba peligrosamente impracticables—. El romanticismo es lo que arruina más matrimonios que la bebida, el juego y la infidelidad combinados. Un buen matrimonio se construye sobre fundamentos sólidos: compatibilidad de intereses, respeto mutuo, y una administración competente de los recursos

familiares. El amor, si llega, es simplemente la decoración sobre una estructura ya sólida.

Con estas palabras filosóficas como preámbulo, el fantasma comenzó su disertación sobre los méritos relativos de los candidatos que habían desfilado por el salón durante la velada.

—Comencemos por Sir Campbell —declaró, adoptando esa pose magistral que había empleado en vida para sus conferencias sobre estrategia comercial—. Aquí tenemos a un hombre que posee todas las cualidades necesarias para ser un esposo excelente, con la notable excepción de los medios económicos para serlo.

—Pero precisamente esa carencia...

—¡Es exactamente lo que lo convierte en el candidato más interesante! —la interrumpió Lothar con creciente entusiasmo—. Campbell ha demostrado ya su capacidad para el gasto elegante; ahora solo necesita alguien que le proporcione los medios para ejercitar esa capacidad de manera sostenible. Es como comprar un carruaje magnífico que simplemente necesita caballos para funcionar correctamente.

Lady Indra consideró esta analogía mientras contemplaba el fuego que crepitaba en la chimenea. Sir Campbell había mostrado efectivamente una elegancia natural que sugería años de práctica en el arte de vivir bien, pero también había percibido en él esa tensión particular que caracteriza a quienes deben calcular cuidadosamente cada gasto.

—Además —continuó el fantasma, calentándose con su tema—, Campbell posee esa cualidad invaluable que es la experiencia en el manejo de mujeres difíciles. Sus fracasos matrimoniales anteriores le han proporcionado una educación que no puede obtenerse en libros. Sabe cuándo retirarse, cuándo insistir, y cuándo aplicar esa dulzura que desarma incluso a las viudas más suspicaces.

—¿Y sus... obligaciones financieras?

—¡Triviales! —declaró Lothar con un gesto despectivo—. Las deudas de un gentleman pueden siempre renegociarse, especialmente cuando ese gentleman se casa con una fortuna considerable. Los acreedores prefieren un deudor solvente a un insolvente, y Campbell con tu dinero sería considerablemente más atractivo que Campbell sin él.

El análisis continuó con Lord Drummond, cuyo caso presentaba complejidades de naturaleza enteramente diferente.

—Drummond —proclamó el fantasma con esa mezcla de admiración y exasperación que había reservado en vida para los comerciantes competentes pero carentes de sutileza— es exactamente lo que obtienes cuando cruzas un hombre de negocios exitoso con un cortesano amateur. El resultado es alguien que puede triplicar una fortuna en cinco años, pero que es completamente incapaz de disimular que esa es precisamente su intención.

—Sus proyectos agrícolas parecían bien fundamentados...

—¡Por supuesto que lo están! —exclamó Lothar—. Drummond no es un soñador; es un calculador competente que ha identificado correctamente las oportunidades de inversión más prometedoras de Escocia. El problema es que trata el matrimonio como si fuera una fusión comercial, lo cual es esencialmente correcto pero socialmente desastroso.

Lady Indra recordó la forma en que Drummond había sido incapaz de separar sus cumplidos románticos de sus proyecciones económicas, creando esa impresión de que consideraba el matrimonio como una sociedad comercial con beneficios adicionales de naturaleza doméstica.

—Un esposo como Drummond —continuó el análisis espectral— te garantizaría seguridad financiera pero al costo de vivir con alguien que evaluaría constantemente el rendimiento de la inversión matrimonial. Es el tipo de hombre que llevaría libros de contabilidad sobre los gastos domésticos y que te felicitaría en los aniversarios por el éxito continuado de la empresa familiar.

El fantasma se desplazó hacia la ventana, donde su forma translúcida se recortaba contra el cielo nocturno de Escocia, antes de continuar con su catalogación.

—Lord MacBride presenta un caso enteramente diferente —declaró—. Aquí tenemos a alguien que ha perfeccionado el arte de la seducción hasta convertirla en una ciencia exacta. Es, sin duda, el más peligroso de todos tus pretendientes.

—¿Peligroso? Pero si apenas tiene veinte años...

—¡Exactamente! —rugió Lothar—. A los veinte años ya domina técnicas de seducción que hombres de cuarenta siguen intentando aprender. ¿Qué crees que será capaz de hacer cuando tenga experiencia real? MacBride no es un cazafortunas; es un artista cuyo medio de expresión resulta ser la conquista de herederas adineradas.

Lady Indra recordó la forma en que MacBride había logrado crear una sensación de intimidad artificial durante sus conversaciones, como si poseyera la capacidad de hacer que cada mujer se sintiera la única persona en el salón que realmente lo comprendía.

—El problema con MacBride —continuó el fantasma— no es que te sea infiel, sino que será infiel con tal maestría que nunca estarás completamente segura de sí está siéndolo o no. Vivirás en un estado constante de incertidumbre romántica, lo cual puede resultar emocionante durante el primer año de matrimonio pero se vuelve agotador después de la primera década.

Sir Roderick Munro mereció un análisis particularmente mordaz que reveló la profundidad de la experiencia espectral en asuntos de debilidad humana.

—Munro —declaró Lothar con esa solemnidad que había reservado en vida para las advertencias más serias— representa todo lo que puede salir mal cuando un hombre inteligente desarrolla un vicio que es más

fuerte que su inteligencia. Es un jugador competente que ha cometido el error fatal de creer que puede controlar el azar mediante la aplicación de principios racionales.

—Pero seguramente, si es tan competente...

—¡Los jugadores competentes son precisamente los más peligrosos! —la interrumpió el fantasma—. Un jugador incompetente pierde su dinero rápidamente y aprende la lección. Un jugador competente gana lo suficiente para convencerse de que puede ganar siempre, y entonces pierde fortunas enteras en una sola noche de exceso de confianza.

El análisis se extendió a otros pretendientes que habían aparecido durante la velada: Sir Hamish MacDonald, cuya principal recomendación consistía en poseer tierras extensas pero improductivas; Lord Kenneth Fraser, cuya reputación de erudito ocultaba una incapacidad práctica que rozaba lo patológico; y el joven Marqués de Argyll, cuyo título impresionante no lograba compensar una personalidad tan insípida que había logrado aburrir incluso a las damas más desesperadas por conseguir marido.

—Cada uno de ellos —concluyó Lothar después de completar su catalogación— presenta una combinación diferente de ventajas y desventajas. La clave está en identificar cuáles desventajas puedes tolerar y cuáles ventajas valoras más.

Lady Indra había escuchado todo el análisis con creciente fascinación. Su abuelo había logrado reducir el proceso de selección matrimonial a una serie de cálculos que, aunque carentes de romanticismo, poseían una lógica implacable que resultaba extrañamente reconfortante.

—¿Y cuál es vuestra recomendación final? —preguntó finalmente.

El fantasma la contempló con esa expresión de ternura inesperada que había aparecido ocasionalmente durante sus conversaciones nocturnas.

—Mi querida niña —declaró con una solemnidad que contrastaba con su tono habitual—, mi recomendación es que elijas al hombre con quien puedas mantener una conversación inteligente después de treinta años de matrimonio. Todo lo demás —el dinero, la posición social, incluso la belleza— son consideraciones temporales. Pero la capacidad de mantener el interés mutuo es lo que convierte un matrimonio de conveniencia en una sociedad exitosa.

Era, pensó Lady Indra, probablemente el consejo más práctico y romántico que había recibido simultáneamente. Y mientras el fantasma comenzaba a desvanecerse con las primeras luces del amanecer, ella comprendió que había adquirido no solo una educación en las complejidades del matrimonio aristocrático, sino también una nueva perspectiva sobre las posibilidades de felicidad que podían existir incluso dentro de los confines de las convenciones sociales.

El juego estaba lejos de haber terminado, pero al menos ahora conocía las reglas.

CAPÍTULO VII

La Conspiración de las Casamenteras

La mañana siguiente al baile amaneció con esa cualidad cristalina que caracteriza al aire escocés después de una noche de festividades, como si la naturaleza misma hubiera decidido limpiar la atmósfera de los excesos sociales de la víspera. Lady Indra despertó con esa sensación particular que acompaña a quienes han adquirido conocimientos que alteran fundamentalmente su perspectiva del mundo, similar a la que experimenta un comerciante novato después de su primera lección sobre las fluctuaciones del mercado de granos.

Apenas había terminado su desayuno cuando Margaret Sinclair irrumpió en el comedor matinal con esa determinación que había caracterizado a los generales escoceses en sus mejores momentos estratégicos. Su rostro irradiaba esa satisfacción particular que distingue a quienes han pasado horas elaborando planes de una complejidad digna de Maquiavelo.

—¡Mi querida Indra! —exclamó con un entusiasmo que habría resultado apropiado para anunciar una victoria militar—. He pasado toda la noche reflexionando sobre los eventos de ayer, y debo decir que los resultados superaron incluso mis expectativas más optimistas.

Lady Indra, aun procesando las revelaciones espectrales de la noche anterior, contempló a su amiga con esa nueva perspicacia que le había sido proporcionada por su consejero fantasmal. Por primera vez, pudo percibir las señales que delataban a Margaret como una casamentera profesional: la forma en que sus ojos evaluaban cada gesto y palabra en busca de indicios románticos, la manera en que había cronometrado cada presentación durante el baile, la estrategia calculada que se ocultaba tras su aparente espontaneidad social.

—Vuestra organización fue impecable —respondió Lady Indra diplomáticamente—. Cada detalle parecía haber sido considerado con sumo cuidado.

En ese preciso momento, la temperatura del comedor descendió hasta niveles que habrían resultado apropiados para conservar la mantequilla durante los meses estivales más intensos. El fantasma de Lothar se materializó junto a la ventana con esa puntualidad que había caracterizado sus apariciones comerciales, evidentemente ansioso por observar las maquinaciones de las casamenteras desde su privilegiada perspectiva de ultratumba.

—¡Excelente! —murmuró el espíritu con deleite—. Ahora podrás observar cómo operan las conspiradoras matrimoniales cuando creen que no las escucha nadie más que su víctima designada. Es una educación que no se obtiene en los libros de conducta femenina.

Margaret, completamente ajena a la presencia espectral que comentaba su actuación, se instaló en la silla opuesta con esa comodidad que

caracteriza a quienes se consideran íntimos colaboradores en empresas de importancia histórica.

—Debo confesar —continuó con creciente animación— que los resultados de anoche confirmaron todas mis teorías sobre la naturaleza de la atracción masculina. Sir Campbell mostró exactamente el tipo de interés elegante que había predicho, mientras que Lord Drummond reveló esas tendencias comerciales que, aunque prácticas, requieren manejo cuidadoso para no resultar abrumadoras.

—¡Escúchala! —comentó el fantasma con admiración profesional—. Margaret ha estado catalogando a tus pretendientes con la misma meticulosidad que yo, solo que desde la perspectiva de alguien que cree que el romance puede ingeniarse mediante la aplicación correcta de principios sociales.

Lady Indra asintió pensativamente, consciente de que cada palabra de Margaret estaba siendo sometida al escrutinio de su consejero espectral.

—Vuestras observaciones son muy perspicaces —declaró—. Aunque debo admitir que encuentro la variedad de aproximaciones... educativa.

—¡Precisamente! —exclamó Margaret con triunfo—. Y es por eso por lo que he desarrollado un plan que maximizará tus oportunidades de observar a cada candidato en diferentes circunstancias. No podemos basar una decisión tan importante en las impresiones de una sola velada.

El plan que Margaret procedió a delinear habría despertado la admiración de los estrategas militares más experimentados por su combinación de ambición y complejidad logística. Incluía una serie de eventos sociales cuidadosamente orquestados: una cacería que revelaría las cualidades deportivas y el carácter de los caballeros bajo presión, una velada musical que permitiría evaluar sus sensibilidades artísticas, y una excursión campestre que proporcionaría oportunidades para conversaciones más íntimas lejos del ambiente formal del salón.

—¡Magnífico! —aplaudió el fantasma—. Margaret ha diseñado una campaña que habría honrado a Napoleón. Cada evento está calculado para revelar diferentes aspectos de la personalidad masculina, como una serie de exámenes diseñados para medir diversas competencias.

La conversación fue interrumpida por la llegada de Janet MacLeod, quien apareció con esa expresión de urgencia conspiratoria que caracteriza a quienes traen noticias de importancia estratégica.

—¡Margaret! ¡Indra! —declaró sin preámbulos—. Acabo de regresar de una visita matinal que ha proporcionado inteligencia invaluable sobre nuestros... digamos, competidores en el campo romántico.

Se instaló en la mesa con esa comodidad que surge de años de participación en confabulaciones similares, mientras sus ojos brillaban con esa satisfacción particular que acompaña a quienes han obtenido información privilegiada.

—Lady Catherine MacDougall —continuó con creciente dramatismo— me ha informado que Sir Campbell fue visto esta mañana temprana cabalgando en dirección a Edimburgo, evidentemente para ocuparse de ciertos... asuntos financieros que requieren atención inmediata.

—¡Ajá! —murmuró el fantasma con interés—. Las presiones económicas han obligado a Campbell a mostrar sus cartas más pronto de lo que habría preferido. Esto podría resultar ventajoso o desastroso, dependiendo de cómo maneje la situación.

Margaret recibió esta información con esa expresión de cálculo intenso que había perfeccionado durante años de maniobras sociales.

—Interesante —declaró pensativamente—. Esto sugiere que Sir Campbell está tomando medidas para consolidar su posición financiera antes de proceder con sus intenciones románticas. Un signo de seriedad o de desesperación, dependiendo de la perspectiva.

Janet asintió vigorosamente, evidentemente satisfecha de haber contribuido datos significativos al análisis estratégico.

—Pero eso no es todo —continuó con creciente entusiasmo—. Lord Drummond ha enviado ya tres ramos de flores diferentes esta mañana, cada uno acompañado de una nota que, según el testimonio de tu doncella, contiene referencias detalladas a las oportunidades de inversión disponibles en las tierras de Midlothian.

—¡Por todos los santos! —exclamó el fantasma con horror divertido—. ¡Drummond está cortejando a mi nieta con propuestas comerciales! Es como enviar cartas de amor escritas en lenguaje de contabilidad.

Lady Indra sintió una mezcla de diversión y exasperación al imaginar las notas de Drummond, probablemente repletas de cálculos sobre el rendimiento potencial de los cereales y proyecciones sobre la rentabilidad del ganado ovino.

—Lord Drummond es... persistentemente práctico —observó diplomáticamente.

—¡Exactamente! —declaró Margaret—. Y es por eso por lo que debemos asegurarnos de que comprenda que la persistencia debe combinarse con la elegancia romántica. Un hombre puede ser práctico sin ser prosaico.

Las dos casamenteras procedieron entonces a elaborar estrategias específicas para manejar cada pretendiente, desplegando un nivel de sofisticación táctica que habría impresionado a los diplomáticos más experimentados. Margaret se había arrogado la responsabilidad de guiar sutilmente a Lord Drummond hacia formas más románticas de expresión, mientras que Janet se encargaría de investigar discretamente el verdadero estado de los asuntos financieros de Sir Campbell.

—¡Observa esto! —comentó el fantasma con creciente deleite—. Están organizando una campaña de inteligencia que incluye espionaje

financiero, manipulación psicológica e ingeniería social. Y todo bajo el pretexto de ayudarte a encontrar el amor verdadero.

La planificación continuó durante más de una hora, durante la cual cada detalle de los próximos eventos sociales fue examinado desde múltiples perspectivas estratégicas. Se consideraron las implicaciones de los arreglos de asientos durante las cenas, la importancia simbólica de las parejas de baile, e incluso el significado potencial de las conversaciones casuales durante los intervalos entre actividades.

—Debemos recordar —declaró Margaret con esa solemnidad que había reservado para los principios fundamentales de su filosofía casamentera — que el matrimonio exitoso raramente es el resultado del azar romántico. Es, más bien, el producto de una planificación cuidadosa, observación meticulosa, y la aplicación inteligente de principios psicológicos probados.

—¡Brillante! —aplaudió el fantasma—. Margaret ha comprendido intuitivamente lo que me tomó décadas de experiencia comercial aprender: que los asuntos importantes del corazón deben manejarse con la misma seriedad que los asuntos importantes del comercio.

Cuando las dos conspiradores finalmente se retiraron para comenzar la implementación de sus planes elaborados, Lady Indra se quedó sola con sus pensamientos y su consejero espectral. La mañana había proporcionado una perspectiva fascinante sobre las maquinaciones que se desarrollaban a su alrededor, revelando el grado en que su vida romántica se había convertido en el objeto de una campaña estratégica dirigida por generales autoproclamados.

—Abuelo —preguntó finalmente—, ¿creéis que Margaret y Janet tienen razón en su aproximación tan... sistemática al matrimonio?

El fantasma la contempló con esa expresión de ternura mezclada con sabiduría práctica que había caracterizado sus momentos más reflexivos.

—Mi querida niña —respondió—, Margaret y Janet poseen una comprensión instintiva de las realidades sociales que muchas mujeres jóvenes tardan años en adquirir. Su error no está en ser demasiado calculadoras, sino en creer que pueden controlar completamente variables que incluyen los caprichos del corazón humano.

Era una observación que proporcionaba perspectiva sobre toda la situación. Lady Indra comprendió que se encontraba en el centro de múltiples estrategias convergentes: las de sus pretendientes, las de sus aliadas casamenteras, y ahora las suyas propias, informadas por consejos de ultratumba que ninguno de los otros participantes podía sospechar.

El juego se había vuelto considerablemente más complejo, pero también más interesante. Y mientras contemplaba los jardines de Midlothian bañados por la luz matinal escocesa, Lady Indra sintió una nueva

confianza en su capacidad para navegar por las aguas traicioneras del matrimonio aristocrático.

Al fin y al cabo, tenía el único consejero que conocía todos los secretos de los jugadores... y que no tenía nada que perder en el resultado.

CAPÍTULO VIII

El Pretendiente Inesperado

El martes siguiente amaneció con esa lluvia pertinaz que caracteriza al clima escocés cuando parece empeñado en recordar a sus habitantes que la melancolía es el estado natural del alma en estas latitudes. Lady Indra había pasado la mañana en correspondencia con diversos administradores de sus propiedades, asunto que había adquirido una urgencia particular después de los consejos espectrales sobre la importancia de mantener sus finanzas en orden perfecto antes de considerar cualquier alianza matrimonial.

Fue mientras revisaba los informes sobre la cosecha de cebada que su mayordomo, Hamish —un hombre cuya discreción había sido perfeccionada durante cuarenta años de servicio a familias nobles— se presentó en la biblioteca con esa expresión de perplejidad controlada que reservaba para las situaciones que desafiaban los protocolos establecidos.

—Mi lady —anunció con esa formalidad que había caracterizado sus comunicaciones desde que Lady Indra heredó el título—, hay un joven caballero que solicita audiencia. Un tal señor David Morrison, quien dice venir de... —consultó la tarjeta con evidente desconcierto— las Tierras Altas, cerca de Inverness.

Lady Indra alzó la vista de sus documentos, intrigada por la incertidumbre evidente en la voz de su mayordomo. Hamish había anunciado duques y embajadores con ecuanimidad perfecta; que un simple visitante lo desconcertara sugería circunstancias inusuales.

—¿Y cuál es la naturaleza de su... perplejidad, Hamish?

El mayordomo se aclaró la garganta con esa delicadeza que había perfeccionado para comunicar información potencialmente delicada.

—Bueno, mi lady, el joven caballero llegó a caballo, pero el animal en cuestión parece haber conocido mejores días. Su vestimenta es impecable pero... digamos que ha sido cuidadosamente preservada durante lo que imagino han sido varios años de uso económico. Y llegó sin criados, equipaje, o cualquiera de los acompañamientos habituales de un caballero en visita social.

En ese preciso momento, la temperatura de la biblioteca descendió con esa brusquedad característica que anunciaba la materialización del consejero espectral. El fantasma de Lothar apareció junto a las estanterías con una expresión de curiosidad que rivalizaba con la de su nieta.

—¡Interesante! —declaró el espíritu—. Un pretendiente que no puede permitirse ni siquiera las apariencias básicas de la prosperidad. Esto promete ser educativo de maneras completamente imprevistas.

—Hacedlo pasar al salón verde —instruyó Lady Indra—. Y Hamish... procurad que se le ofrezcan los refrigerios apropiados.

Cuando el mayordomo se retiró, Lady Indra se encontró experimentando una curiosidad que no había sentido respecto a ninguno de sus pretendientes anteriores. Los demás habían llegado con credenciales conocidas, reputaciones establecidas, y motivaciones transparentes. Este misterioso señor Morrison representaba una incógnita completa.

—Curiosidad peligrosa —observó el fantasma mientras la acompañaba hacia el salón—. Los pretendientes conocidos pueden catalogarse y manejarse según principios establecidos. Los desconocidos introducen variables que pueden alterar todos los cálculos.

El salón verde de Midlothian había sido diseñado para intimidar a los visitantes mediante una demostración sutil pero inequívoca de riqueza aristocrática. Los tapices flamencos, los muebles franceses, y el retrato de familia que dominaba la chimenea habían sido seleccionados para crear una impresión de poder heredado que se extendía a través de los siglos.

El joven que se alzó de su silla cuando Lady Indra entró presentaba una figura que desafiaba las categorías habituales de clasificación social. Su altura era considerable, su porte evidentemente aristocrático, y sus modales poseían esa elegancia natural que no puede adquirirse mediante instrucción. Sin embargo, los detalles revelaban la realidad de su situación: las botas habían sido reparadas con maestría profesional, su abrigo mostraba las señales de un cuidado meticuloso destinado a prolongar su vida útil, y sus guantes habían sido remendados con esa precisión que caracteriza a quienes no pueden permitirse reemplazarlos.

—Lady Indra —declaró con una reverencia que habría honrado la corte de Versalles—, soy David Morrison, y vengo a presentar mis respetos y mi gratitud por vuestra amabilidad al recibirme sin previo aviso.

Su voz poseía esa calidad particular que resulta de una educación esmerada combinada con la confianza que surge de la integridad personal. Lady Indra se encontró inmediatamente intrigada, no por las razones habituales que habían caracterizado sus reacciones a otros pretendientes, sino por una sensación de reconocimiento que no podía explicar completamente.

—Señor Morrison —respondió—, sois bienvenido a Midlothian. Aunque debo confesar curiosidad respecto a las circunstancias que os traen tan lejos de las Tierras Altas.

El joven sonrió con esa franqueza que caracteriza a quienes han decidido que la honestidad es más práctica que la diplomacia.

—Mi situación es suficientemente singular para merecer explicación directa —declaró—. Soy el hijo menor de una familia que una vez poseyó

tierras considerables en las Highlands, pero que las perdió durante los levantamientos jacobitas. Mi educación fue proporcionada por un tío que conservó sus propiedades y su prudencia política, pero mi herencia consiste principalmente en un apellido respetable y una educación que me permite apreciar completamente la ironía de mi posición.

—¡Extraordinario! —murmuró el fantasma con creciente interés—. Un pretendiente que admite abiertamente su pobreza como si fuera una credencial. Esto viola todos los principios establecidos del cortejo aristocrático.

Lady Indra se encontró experimentando una mezcla de admiración y desconcierto. La honestidad de Morrison contrastaba tan marcadamente con las aproximaciones elaboradas de sus otros pretendientes que resultaba casi desconcertante.

—Vuestra franqueza es... refrescante —observó—. Pero me intriga saber qué os ha traído específicamente a Midlothian.

Morrison se acomodó en su silla con esa comodidad que surge de haber decidido que las pretensiones son más agotadoras que la sinceridad.

—He venido —declaró— porque mi tío, quien me ha servido de mentor y benefactor, me informó de vuestra... digamos, situación particular respecto al matrimonio. Siendo un hombre de perspicacia considerable, sugirió que mi propia situación poco convencional podría resultar de interés para alguien que ha experimentado las limitaciones de las opciones convencionales.

La conversación que siguió reveló que David Morrison poseía no solo honestidad sino también una inteligencia que se expresaba sin afectación. Había estudiado en Edimburgo, donde se había distinguido en filosofía moral y economía política. Sus conocimientos sobre agricultura moderna eran extensos, y sus perspectivas sobre las reformas sociales necesarias en Escocia mostraban una combinación de idealismo práctico y realismo compasivo que Lady Indra encontró genuinamente estimulante.

—¡Cuidado! —advirtió el fantasma—. Este joven está demostrando la cualidad más peligrosa que puede poseer un pretendiente: la capacidad de mantener conversaciones que realmente te interesan. Es exactamente el tipo de trampa romántica contra la cual he estado tratando de advertirte.

Pero Lady Indra descubrió que las advertencias espectrales tenían menos impacto cuando se encontraba frente a alguien cuya compañía resultaba genuinamente estimulante. Morrison no intentaba impresionarla con sus logros ni seducirla con galantería calculada. Simplemente conversaba como si ella fuera una persona cuyas opiniones merecían consideración seria.

Cuando la conversación derivó hacia los desafíos de administrar propiedades extensas, Morrison reveló conocimientos prácticos que

evidentemente había adquirido mediante experiencia directa en lugar de teoría académica.

—He pasado los últimos años ayudando a mi tío a modernizar sus operaciones agrícolas —explicó—. La experiencia me ha enseñado que la diferencia entre prosperidad y ruina frecuentemente depende de detalles que los propietarios ausentes nunca consideran.

—¡Por todos los demonios! —exclamó el fantasma—. ¡Este muchacho comprende realmente la administración de tierras! No está hablando desde libros, sino desde experiencia práctica. Esto lo convierte en infinitamente más valioso que pretendientes con fortunas pero sin competencia.

Cuando Morrison finalmente se preparó para marcharse, después de una visita que se había extendido considerablemente más allá de los límites de la cortesía formal, Lady Indra se encontró experimentando una sensación de pérdida que no había anticipado.

—Señor Morrison —declaró—, vuestra conversación ha sido... educativa de maneras inesperadas. Espero que consideréis Midlothian un lugar donde sois siempre bienvenido.

Morrison se inclinó con esa gracia natural que había caracterizado todos sus gestos.

—Lady Indra, vuestra amabilidad supera mi capacidad de expresar gratitud apropiada. Si me permitís, me gustaría corresponder vuestra hospitalidad invitándoos a visitar las tierras de mi tío. Las mejoras que hemos implementado podrían resultar de interés para alguien de vuestra perspicacia administrativa.

Después de su partida, Lady Indra se quedó en el salón experimentando una confusión que contrastaba marcadamente con la claridad analítica que había caracterizado sus reacciones a otros pretendientes.

—Abuelo —preguntó finalmente—, ¿qué pensáis de este... desarrollo inesperado?

El fantasma se materializó completamente por primera vez en semanas, evidentemente perturbado por las implicaciones de la visita.

—Mi querida niña —declaró con una seriedad que no había mostrado anteriormente—, David Morrison representa el tipo de complicación que no había considerado en mis cálculos. Es pobre pero competente, honesto pero inteligente, y posee exactamente esas cualidades que hacen que una mujer olvide la importancia de las consideraciones prácticas.

—¿Y eso es... problemático?

—Problemático no —respondió el fantasma pensativamente—. Peligroso. Porque por primera vez desde que comenzamos estas conversaciones, has encontrado a alguien que podría hacerte realmente feliz. Y la felicidad, mi querida nieta, es la variable más impredecible en todos los cálculos matrimoniales.

Era una observación que proporcionó a Lady Indra considerable materia de reflexión durante las horas que siguieron. Por primera vez, se encontraba contemplando la posibilidad de que el amor y la prudencia no fueran necesariamente fuerzas opuestas. Era una perspectiva que alteraba fundamentalmente todas sus consideraciones anteriores sobre el matrimonio.

El juego había adquirido una nueva dimensión, una que ninguno de los jugadores había anticipado completamente.

CAPÍTULO IX

El Debate Entre Mundos

La noche posterior a la visita del señor Morrison descendió sobre Midlothian con esa cualidad particular que distingue a las veladas destinadas a albergar conversaciones transcendentales. Lady Indra había despedido a su doncella más temprano de lo habitual, alegando una jaqueca que era tanto física como filosófica, pues la presencia de David Morrison había introducido en su mente conceptos que desafiaban el edificio cuidadosamente construido de sus convicciones matrimoniales.

Se encontraba en su tocador, cepillando su cabello con esa meticulosidad mecánica que caracteriza a quienes buscan ocupar las manos mientras los pensamientos se agitan como hojas en una tempestad, cuando la temperatura del aposento descendió con esa brusquedad que había llegado a asociar con las intervenciones espectrales de mayor importancia.

El fantasma de Lothar se materializó junto al espejo con una expresión que combinaba preocupación paternal con esa exasperación que surge de contemplar a los descendientes cometer los mismos errores que uno había evitado mediante la aplicación de principios probados.

—Mi querida nieta —comenzó con esa solemnidad que reservaba para las ocasiones de crisis moral—, he observado tu comportamiento durante las últimas horas, y debo expresar una inquietud que trasciende mis responsabilidades habituales como consejero de ultratumba.

Lady Indra depositó el cepillo con deliberada lentitud y se volvió para enfrentar a su ancestro espectral con una determinación que habría impresionado a generales veteranos por su combinación de respeto filial y rebeldía intelectual.

—Abuelo —declaró—, creo que ha llegado el momento de examinar críticamente los fundamentos de los consejos que tan generosamente habéis compartido conmigo. Vuestra sabiduría comercial es indiscutible, pero comenzó a preguntarme si la experiencia del más allá proporciona necesariamente perspectivas superiores sobre los asuntos del corazón.

El fantasma recibió esta observación con esa expresión de shock que habría caracterizado a un general veterano al descubrir que sus

subordinados más leales habían comenzado a cuestionar la validez de sus estrategias más probadas.

—¡Por todos los demonios comerciales! —exclamó—. ¿Estás sugiriendo que décadas de experiencia mundana, refinadas por la perspectiva de la eternidad, pueden ser inferiores a los impulsos románticos de una muchacha que nunca ha tenido que mantener una propiedad con sus propias decisiones económicas?

—No estoy cuestionando vuestra experiencia —respondió Lady Indra con esa diplomacia que había perfeccionado durante años de negociar con administradores tercos—, sino preguntándome si la muerte no os habrá proporcionado cierta... distancia emocional que, aunque valiosa para algunos propósitos, podría resultar limitante para comprender completamente las complejidades del amor humano.

La batalla dialéctica que siguió habría honrado las tradiciones retóricas de las universidades más prestigiosas de Europa. El fantasma desplegó argumentos que combinaban lógica comercial con observaciones sociológicas acumuladas durante décadas de tratos matrimoniales exitosos, mientras que Lady Indra respondía con contraargumentos que revelaban una comprensión intuitiva de las realidades emocionales que su educación formal nunca había contemplado.

—Considera —argumentó el espíritu con creciente intensidad— que David Morrison, por admirable que pueda ser como persona, representa exactamente el tipo de elección que condena a las mujeres inteligentes a vidas de lucha económica dignificada por el amor pero complicada por la pobreza constante. He visto demasiadas uniones románticas transformarse en resentimiento mutuo cuando las realidades financieras comienzan a erosionar la pasión inicial.

—Pero también habéis visto —replicó Lady Indra— matrimonios basados en consideraciones puramente prácticas que producen esa forma particular de miseria que surge de compartir una vida con alguien cuya compañía resulta intelectualmente insoportable. ¿No creéis que existe un punto medio entre la pasión ciega y el cálculo despiadado?

El fantasma se paseó por el aposento con esa agitación que había caracterizado sus momentos de mayor intensidad comercial, evidentemente frustrado por encontrarse confrontado con argumentos que no podía descartar mediante la aplicación de principios establecidos.

—El punto medio que describes —declaró finalmente— es precisamente la trampa más sutil que el romance tiende a las mujeres inteligentes. Te convence de que puedes tener tanto amor como seguridad, ignorando que las circunstancias de la vida raramente permiten la combinación ideal de ambos elementos.

—Pero ¿no es igualmente posible —insistió Lady Indra— que vuestra perspectiva espectral os haya proporcionado una visión demasiado pesimista de las posibilidades humanas? Desde vuestra posición de

observador eterno, todos los problemas terrenales deben parecer inevitables, pero quienes vivimos en el mundo mortal podemos mantener la esperanza de que nuestras decisiones pueden influir en los resultados.

Era un argumento que tocaba el núcleo filosófico de toda la cuestión. El fantasma se detuvo en sus paseos espectrales, evidentemente impactado por una observación que desafiaba no solo sus consejos específicos sino la autoridad fundamental de su perspectiva de ultratumba.

—Niña impertinente —murmuró con una mezcla de admiración y exasperación—, estás sugiriendo que la sabiduría de los muertos puede ser inferior a la ignorancia esperanzada de los vivos.

—Estoy sugiriendo —respondió Lady Indra con creciente confianza— que la sabiduría completa requiere tanto la experiencia del pasado como la fe en las posibilidades del futuro. Vuestra perspectiva espectral os proporciona la primera, pero puede haberos privado de la segunda.

La conversación había alcanzado ese punto de intensidad filosófica donde ambos participantes comenzaron a comprender que estaban debatiendo cuestiones que trascienden las circunstancias específicas del matrimonio para adentrarse en territorios fundamentales sobre la naturaleza de la experiencia humana.

—Supongamos —concedió el fantasma con esa magnanimidad que había caracterizado sus mejores momentos comerciales— que tus argumentos contienen elementos de validez que mi perspectiva espectral no había considerado completamente. ¿Cómo propones equilibrar las consideraciones prácticas que indiscutiblemente afectarán tu vida futura con estos impulsos románticos que tan elocuentemente defiendes?

Lady Indra contempló la pregunta con esa seriedad que merecían las cuestiones de importancia vital, consciente de que su respuesta determinaría no solo su futuro sino también la naturaleza de su relación continua con su consejero espectral.

—Propongo —declaró finalmente— que utilicemos vuestra sabiduría práctica para evaluar las realidades económicas de cada pretendiente, pero que permitamos que mi corazón determine cuáles de esas opciones prácticas podría también proporcionar la compañía intelectual y emocional necesaria para una vida satisfactoria.

—¿Y si tu corazón selecciona la opción menos práctica?

—Entonces —respondió Lady Indra con una sonrisa que combinaba determinación con ternura filial— habremos aprendido si el amor puede efectivamente triunfar sobre las consideraciones materiales, o si vuestra perspectiva espectral era correcta desde el principio.

El fantasma la contempló durante un largo momento con esa expresión que había reservado para los tratos comerciales más complejos,

evidentemente calculando variables que incluían tanto factores terrenales como consideraciones que trascienden la experiencia mortal.

—Muy bien —declaró finalmente—. Acepto tu propuesta con la condición de que mantengas tu compromiso de considerar seriamente las realidades prácticas junto con las consideraciones románticas. Pero te advierto que si tus experimentos emocionales resultan en desastre financiero, mi posición espectral me impedirá ofrecer el tipo de asistencia material que podría resultar necesaria.

—Acepto esas condiciones —respondió Lady Indra—, con la comprensión mutua de que si mis decisiones resultan en felicidad duradera y prosperidad razonable, reconoceréis que la sabiduría de los vivos puede ocasionalmente complementar útilmente la perspectiva de los muertos.

Era un acuerdo que satisfacía tanto las necesidades prácticas como los impulsos filosóficos de ambas partes, estableciendo un marco dentro del cual podrían continuar colaborando sin sacrificar completamente sus convicciones respectivas.

Cuando el fantasma se desvaneció esa noche, lo hizo con una expresión que combinaba resignación paternal con curiosidad genuina sobre los resultados de este experimento en el equilibrio entre pragmatismo espectral y optimismo mortal.

Lady Indra se durmió esa noche con la satisfacción de haber defendido exitosamente sus convicciones emergentes sin destruir completamente la alianza con su consejero de ultratumba. Era un compromiso que prometía hacer el futuro considerablemente más interesante para ambas partes.

CAPÍTULO X

La Resolución Fantasmal

La Providencia, que hasta entonces había observado a los Midlothian con la indiferencia de un notario aburrido, decidió de pronto interesarse por los asuntos de la familia con una eficiencia digna de un contable celeste. En menos de veinticuatro horas dispuso herencias, reconciliaciones y descubrimientos mineros con tal precisión que cualquiera habría sospechado la intervención de un secretario divino deseoso de cerrar el expediente antes de las vacaciones eternas.

Las tres semanas que siguieron al memorable debate filosófico entre Lady Indra y su consejero espectral trajeron consigo una serie de acontecimientos que habrían proporcionado material suficiente para toda una temporada de comedias teatrales, de no ser porque la realidad frecuentemente supera a la ficción en su capacidad para combinar lo absurdo con lo providencial de maneras que desafían tanto la lógica como la verosimilitud.

La primera sorpresa llegó en forma de una carta cuyo contenido alteraría fundamentalmente los cálculos económicos que habían

constituido la base de todas las consideraciones matrimoniales previas. El mayordomo Hamish se presentó en el desayunador con esa expresión de perplejidad controlada que había perfeccionado para las ocasiones en que los asuntos domésticos trascendían los límites de su considerable experiencia administrativa.

—Mi lady —anunció con esa formalidad que empleaba cuando las noticias requerían presentación ceremonial—, ha llegado correspondencia del señor Mackenzie, vuestro abogado en Edimburgo, que según sus propias palabras contiene "información de la más extraordinaria naturaleza respecto a ciertos descubrimientos que alteran sustancialmente las circunstancias patrimoniales de Lady Indra."

El fantasma de Lothar se materializó inmediatamente junto a la mesa del desayuno con esa prontitud que caracterizaba sus respuestas a cualquier mención de asuntos financieros, evidentemente intrigado por las implicaciones de tan pomposa introducción epistolar.

La carta, cuando fue leída, reveló que las exploraciones mineras en las tierras más remotas de la herencia de Lady Indra habían descubierto depósitos de carbón cuya extensión y calidad prometían ingresos que multiplicarían por cinco su fortuna actual en el plazo de una década. Era precisamente el tipo de desarrollo que los romances góticos raramente contemplan, pero que la vida real ocasionalmente proporciona para complicar las decisiones que parecían claramente definidas por las limitaciones económicas.

—¡Por todos los espíritus comerciales! —exclamó el fantasma con un entusiasmo que no había mostrado desde sus días de especulación activa—. ¡Esto cambia completamente todos los cálculos! Ya no necesitas un marido por sus recursos financieros. Puedes permitirte elegir basándote en consideraciones puramente personales.

Lady Indra contempló la carta con esa mezcla de gratitud y consternación que caracteriza a quienes descubren que la fortuna ha resuelto sus dilemas prácticos precisamente cuando habían comenzado a desarrollar teorías filosóficas sobre la superioridad del amor sobre la conveniencia.

—Es irónico —observó— que la providencia haya eliminado las consideraciones económicas justo cuando había comenzado a creer que el amor podría triunfar sobre ellas independientemente de las circunstancias materiales.

La segunda sorpresa llegó esa misma tarde en forma de una visita del señor Morrison, quien apareció en Midlothian con noticias que rivalizaban con las de Lady Indra en su capacidad para alterar fundamentalmente las circunstancias establecidas. Su tío, evidentemente impresionado por los informes sobre la administración agrícola de Morrison, había decidido nombrarlo heredero de sus propiedades extensas, reconociendo que la competencia práctica

constituía una base más sólida para la sucesión que los vínculos familiares tradicionales.

Cuando Morrison comunicó estas noticias a Lady Indra durante el té, lo hizo con esa modestia genuina que había caracterizado todas sus interacciones previas, evidentemente más preocupado por las responsabilidades que implicaba su nueva posición que por las ventajas sociales que proporcionaba.

—Las circunstancias han alterado mi situación de maneras que nunca habría anticipado —declaró—, pero debo confesar que estos desarrollos me permiten expresar sentimientos que las limitaciones previas de mi posición habían hecho imprudentes.

Era una declaración que habría requerido considerable elaboración retórica en circunstancias normales, pero que Lady Indra comprendió inmediatamente con esa claridad intuitiva que caracteriza a las comunicaciones entre personas cuyas mentes han alcanzado un entendimiento que trasciende las palabras específicas.

—Señor Morrison —respondió con una sonrisa que combinaba afecto genuino con esa satisfacción particular que surge de contemplar la resolución elegante de problemas complejos—, creo que nuestras circunstancias alteradas nos proporcionan la libertad de explorar posibilidades que la prudencia anterior había hecho aconsejable postergar.

El fantasma, que había observado este intercambio con creciente aprobación, se materializó completamente por primera vez en su presencia de Morrison, evidentemente decidiendo que las circunstancias justificaban una intervención espectral directa.

—Joven Morrison —declaró con esa autoridad que había caracterizado sus mejores momentos comerciales—, aunque mi nieta no puede oírme cuando dirijo mis comentarios específicamente hacia ti, considero apropiado expresar mi aprobación completa de esta alianza. Has demostrado exactamente esas cualidades de carácter e inteligencia práctica que consideré esenciales para la felicidad de Lady Indra.

Morrison experimentó esa sensación de frío súbito que indica la proximidad espectral, pero la atribuyó naturalmente a las corrientes de aire características de las mansiones escocesas antiguas, permaneciendo completamente inconsciente de haber recibido la bendición formal de su futuro tatarabuelo político espectral.

Las semanas que siguieron trajeron consigo esa serie de desarrollos que caracterizan a los romances cuando la providencia decide favorecer a los protagonistas con una generosidad que compensa retroactivamente todas las tribulaciones previas.

El compromiso fue anunciado con esa discreción que respeta tanto las convenciones sociales como la sensibilidad personal, los preparativos matrimoniales procedieron con esa eficiencia que caracteriza a las empresas cuando todos los participantes cooperan hacia objetivos

mutuamente satisfactorios, y la combinación de las fortunas respectivas prometía una prosperidad que garantizaría tanto la independencia personal como la capacidad de contribuir útilmente al bienestar de sus dependientes.

La boda se celebró en la capilla privada de Midlothian durante una tarde de octubre que proporcionó exactamente esa combinación de solemnidad atmosférica y belleza natural que los románticos consideran apropiada para las ocasiones de importancia trascendental. El fantasma de Lothar observó las ceremonias con esa satisfacción paternal que había caracterizado sus mejores momentos de planificación familiar exitosa, evidentemente gratificado por haber proporcionado consejos que habían resultado en una resolución que satisfacía tanto las consideraciones prácticas como las aspiraciones románticas de su descendiente favorita.

Cuando los recién casados se retiraron esa noche a los aposentos que habían sido preparados especialmente para la ocasión, el fantasma se materializó una última vez en la biblioteca que había servido como escenario para tantas de sus consultas espectrales.

—Mi querida nieta —declaró con esa solemnidad que reservaba para las ocasiones de despedida formal—, mis responsabilidades como consejero matrimonial han alcanzado su conclusión satisfactoria. Has demostrado que la sabiduría de los vivos puede efectivamente complementar la experiencia de los muertos para producir resultados que superan lo que cualquiera de las perspectivas habría logrado independientemente.

Era una concesión que habría honrado a diplomáticos veteranos por su combinación de magnanimidad personal con reconocimiento generoso de méritos ajenos.

Lady Indra, ahora señora Morrison, contempló el lugar donde su consejero espectral había proporcionado tantos consejos valiosos durante los meses precedentes, consciente de que estaba presenciando el final de una colaboración que había alterado fundamentalmente su comprensión tanto del amor como de la sabiduría práctica.

—Abuelo —declaró hacia la aparente vacuidad del aire—, aunque no puedo veros en este momento, espero que comprendáis mi gratitud por una guía que me permitió descubrir que el pragmatismo y el romance no son necesariamente fuerzas opuestas, sino elementos complementarios de una vida completamente realizada.

El fantasma sonrió con esa satisfacción que había caracterizado sus tratos comerciales más exitosos, evidentemente gratificado por haber añadido una resolución romántica exitosa a sus logros de ultratumba.

Cuando se desvaneció definitivamente de Midlothian esa noche, lo hizo con la conciencia de haber cumplido completamente sus obligaciones familiares póstumas y la anticipación esperanzada de que la próxima generación podría requerir sus servicios en circunstancias igualmente interesantes.

Los Morrison vivieron felices durante muchos años, administrando sus propiedades combinadas con esa eficiencia que resulta de la colaboración entre inteligencias complementarias, y proporcionando a Edimburgo una nueva generación de herederos cuyas aventuras románticas futuras prometían requerir, eventualmente, la asistencia continua de su tatarabuelo espectral.

Porque en las mejores familias escocesas, el amor verdadero nunca muere completamente, y la sabiduría práctica se transmite de generación en generación, tanto por medios naturales como sobrenaturales.

EPÍLOGO

El Condado Diez Años Después

En el que se contempla el estado próspero de los Morrison una década después de su unión, donde la sabiduría espectral ha encontrado nuevos propósitos en la educación de una descendencia prometedora, y donde se demuestra que el amor verdadero, convenientemente administrado, puede efectivamente producir tanto felicidad doméstica como prosperidad material.

Los diez años que siguieron a la memorable boda de Lady Indra y el señor Morrison transformaron la propiedad de Midlothian en un ejemplo de esa prosperidad doméstica que resulta cuando la inteligencia práctica se combina armoniosamente con el afecto genuino bajo la supervisión benevolente, aunque ocasionalmente impertinente, de consejeros espectrales experimentados.

La mansión, que había conocido décadas de soledad aristocrática, resonaba ahora con esa vitalidad particular que caracteriza a los hogares donde tres niños rubios de notable belleza despliegan sus energías juveniles bajo la dirección de padres cuya autoridad se basa tanto en el cariño como en la disciplina inteligente.

El mayor, Lothar David, de nueve años, había heredado la perspicacia comercial de su tatarabuelo espectral junto con la determinación práctica de su padre. Los gemelos, Alexander y Margaret, de siete años, mostraban esa combinación de encanto personal y travesura calculada que prometía requerir toda la sabiduría acumulada de tres generaciones para su educación apropiada.

La señora Morrison, cuya posición social había evolucionado naturalmente de Lady Indra a Condesa de Midlothian mediante una sucesión hereditaria que había sorprendido gratamente a todos los involucrados, había desarrollado durante la década transcurrida esas cualidades de autoridad maternal que transforman a las mujeres inteligentes en fuerzas domésticas de considerable poder. Su administración de la propiedad combinaba la eficiencia comercial heredada de Lothar el Grande con innovaciones agrícolas que habían

convertido sus tierras en modelo de prosperidad rural para todo el condado.

El señor Morrison, cuya transformación de pretendiente económicamente modesto a consorte de condesa habría proporcionado material para novelas de ascensión social, si no fuera porque su carácter había permanecido esencialmente inalterado por las circunstancias mejoradas, había encontrado en la paternidad activa una vocación que satisfacía tanto su naturaleza práctica como sus instintos protectores. Su dedicación al cuidado de los niños y su disposición a satisfacer los caprichos razonables de su esposa habían establecido un equilibrio doméstico que habría asombrado a observadores menos perspicaces por su aparente inversión de roles tradicionales.

"David querido," declaraba la Condesa durante el desayuno de una mañana particularmente hermosa de primavera, "creo que los gemelos requieren una expedición al lago esta tarde. Su educación natural ha sido lamentablemente descuidada durante estas últimas semanas de lluvia."

El señor Morrison, que había aprendido durante diez años de matrimonio que las "sugerencias" de su esposa constituían órdenes expresadas con esa diplomacia que preserva la dignidad masculina mientras asegura el cumplimiento femenino, respondió con esa prontitud que había caracterizado su cortejo.

"Por supuesto, mi querida Indra. Preparé la expedición inmediatamente después de mi consulta con el administrador sobre las nuevas plantaciones."

Era precisamente el tipo de intercambio que habría escandalizado a matrimonios organizados según principios más convencionales, pero que en el caso de los Morrison representaba esa distribución eficiente de responsabilidades que permite que ambos cónyuges contribuyan según sus fortalezas particulares al bienestar familiar común.

El fantasma de Lothar, cuyas apariciones se habían vuelto menos frecuentes pero considerablemente más especializadas durante la década transcurrida, se materializó en la biblioteca esa tarde con esa expresión de satisfacción paternal que había caracterizado sus mejores momentos de planificación familiar exitosa.

"Mi querida Condesa," comenzó con esa formalidad que empleaba para reconocer sus logros administrativos, "debo expresar mi aprobación completa de la manera en que has manejado tanto la educación de los niños como la administración de tu marido. Has demostrado que una mujer inteligente puede efectivamente gobernar su dominio doméstico sin sacrificar ni el afecto familiar ni la prosperidad material."

La Condesa, que había mantenido durante diez años su capacidad para comunicarse con su consejero espectral sin perder completamente su sorpresa ante sus apariciones inesperadas, sonrió con esa combinación

de cariño filial y orgullo personal que había caracterizado sus mejores intercambios.

"Abuelo, vuestros consejos iniciales sobre el equilibrio entre pragmatismo y romance han resultado en precisamente esa felicidad doméstica que prometisteis. Aunque debo confesar que David ha demostrado ser considerablemente más complaciente de lo que vuestras advertencias sobre la naturaleza masculina habían sugerido."

El fantasma contempló a través de la ventana la escena de su bisnieto organizando una expedición de pesca para los gemelos mientras el joven Lothar discutía seriamente los méritos relativos de diferentes técnicas de pesca, evidentemente gratificado por contemplar una generación que prometía combinar la competencia práctica con el afecto familiar genuino.

"El señor Morrison," observó con esa magnanimidad que había caracterizado sus juicios más generosos, "ha resultado ser exactamente el tipo de marido que una mujer inteligente requiere: lo suficientemente capaz para merecer respeto, lo suficientemente flexible para aceptar dirección, y lo suficientemente cariñoso para hacer que ambas cualidades resulten en armonía doméstica en lugar de conflicto conyugal."

Era una evaluación que habría complacido a David Morrison, si hubiera podido escucharla, por su reconocimiento generoso de virtudes que él mismo había cultivado conscientemente durante su transformación de pretendiente esperanzado a consorte establecido.

Los años subsiguientes prometían traer esas complicaciones que inevitablemente surgen cuando niños inteligentes comienzan a desarrollar personalidades independientes y aspiraciones que requerirán toda la sabiduría acumulada de padres experimentados y consejeros espectrales para su resolución satisfactoria.

El joven Lothar ya mostraba signos de esa ambición comercial que eventualmente requeriría orientación sobre el equilibrio apropiado entre la búsqueda del éxito y el mantenimiento de principios éticos. Los gemelos prometían desarrollar esas complejidades románticas que proporcionarían a su tatarabuelo espectral oportunidades renovadas para la aplicación de su experiencia matrimonial.

Mientras la Condesa observaba a su familia desde la ventana de la biblioteca esa tarde, experimentó esa satisfacción particular que surge de contemplar el éxito de experimentos que habían requerido tanto coraje personal como sabiduría práctica para su realización. Su matrimonio había demostrado que el amor y la conveniencia podían efectivamente coexistir cuando ambos elementos eran administrados con inteligencia y flexibilidad.

El fantasma de Lothar se desvaneció esa tarde con la expresión de un hombre de negocios que ha completado una transacción particularmente satisfactoria, consciente de que sus responsabilidades

familiares póstumas habían producido exactamente esos resultados que justificaban sus intervenciones espectrales iniciales.

La prosperidad de los Morrison continuaría durante las décadas subsiguientes, proporcionando al condado un ejemplo de esa felicidad doméstica que resulta cuando la sabiduría de los muertos se combina armónicamente con la esperanza de los vivos, bajo la administración competente de una mujer que había aprendido que el poder verdadero se ejerce más efectivamente a través de la persuasión inteligente que mediante la dominación directa.

Y en las mejores tradiciones de las familias escocesas prósperas, sus descendientes continuarían beneficiándose durante generaciones de los consejos de Lothar el Grande, cuyo espíritu permanecería disponible para consultas espectrales siempre que las circunstancias familiares requirieran esa combinación particular de sabiduría comercial y comprensión romántica que había hecho de él el consejero de ultratumba más solicitado en todo Edimburgo.

—FIN